

# Acequñas

AÑO 20 Invierno 2017  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

REVISTA DE DIVULGACIÓN  
ACADÉMICA Y CULTURAL

74

El impacto del mundo  
digital en el aprendizaje  
Píntalo de negro,  
un decálogo *noir*

- Recuerdo de Luis González Morfín
- El oficio de ser arquitecto  
+ cine, literatura, crónica y narrativa

# Acequías Índice

Número 74, septiembre-diciembre de 2017

Universidad Iberoamericana Torreón

Guillermo Prieto Salinas, SJ

Rector

Lorena Giacomán Arratia

Directora General Académica

José Francisco Méndez Alcaraz, SJ

Director General Educativo

Jaime Muñoz Vargas

Coordinador del Centro de Difusión Editorial

Jaime Muñoz Vargas

Revisión y edición

Ileana del Río

Raúl Alberto Blackaller V.

Daniel Lomas

Comité Editorial

2 Editorial

3 El impacto del mundo digital en el aprendizaje

Claudia Rivera Marín

9 Recuerdo al carboncillo del padre Luis

Daniel Lomas

16 Alberto Athié Gallo: incansable en la lucha por los derechos humanos

Brenda Moreno

19 El oficio de ser arquitecto

Jesús Tovar Rendón

23 Las aspas o el remolino del tiempo

Fernando Fabio Sánchez

25 Píntalo de negro

Daniel Salinas Basave

30 Adolfo Pérez Zelaschi y el orangután sospechoso

Gerardo García Muñoz

33 Con zapatos de tacón

Ruth Castro

36 Fabián Vique: la microficción en el centro

Jaime Muñoz Vargas

39 Castaño y aceituna

Elena Palacios Hernández

Edición Invierno 2017. Octava época, año 20. Revista de divulgación publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón.

*Acequías* aparece tres veces por año. Sugerencias y colaboraciones: Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, C.P. 27020, Torreón, Coahuila. Edificio F planta baja. Teléfono: (871) 705 10 10 ext. 1135. Correo electrónico: [publicaciones@iberotorreon.edu.mx](mailto:publicaciones@iberotorreon.edu.mx) Número de reserva al Título en Derechos de AutoRP: 04-2006-032716162900-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825, y Número de Licitud de Contenido: 8708, otorgados por la Secretaría de Gobernación. Las opiniones de los colaboradores no representan la postura institucional de la Universidad y son responsabilidad de los autores.

Versión en línea:  
<http://itzel.lag.uia.mx/publico/publicaciones.php>



MIGUEL ESPINO (Gómez Palacio, Durango, 1969) es fotógrafo, catedrático en la Ibero Torreón y del Museo Arocena. Dirige la comunidad de fotógrafos de La Laguna f/Laguna. Ha sido maestro del Colectivo Comunitario de Fotografía de Gómez Palacio CoCoFoGP enseñando fotografía documental en proyectos de identidad y patrimonio cultural inmaterial a niños del Valle de Chapala bajo el programa México, Cultura para la Armonía de la Secretaría de Cultura. Miguel es un lagunero apasionado de su tierra a través de la imagen. Su web es [www.miguellespino.com](http://www.miguellespino.com)



Sergio Antonio Corona Páez

## EL RANCHO DE LA CONCEPCIÓN

Trashumancia laboral: factor del proceso de formación de una identidad regional lagunera, siglos XVIII y XIX



### LIBROS PUBLICADOS POR EL CENTRO DE DIFUSIÓN EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

*El rancho de La Concepción. Trashumancia laboral: factor del proceso de formación de una identidad regional lagunera, siglos XVIII y XIX*, Sergio Antonio Corona Páez, Universidad Iberoamericana Torreón, Torreón, 2016, 196 pp.

*Nómadas de papel, entre cimas y simas: por los senderos de la crónica*, Héctor Esparza-Armando Monsiváis, Universidad Iberoamericana Torreón-Teatro Isauro Martínez-Revista Nomádica, Torreón, 2016, 147 pp.

*Del gis a la pantalla táctil. Siete ensayos sobre educación en la jungla informática*, Claudia Guerrero Sepúlveda *et al.*, Universidad Iberoamericana Torreón, Torreón, 2017, 99 pp.

INFORMES:

[jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx](mailto:jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx)

## DEL GIS A LA PANTALLA TÁCTIL

Siete ensayos sobre educación en la jungla informática

Claudia Guerrero Sepúlveda • María del Socorro Hernández Manzano • Jaime Muñoz Vargas • Laura Elena Parra López • María Guadalupe Puente Muroato • Claudia Rivera Marín • Andrés Rosales Valdés



## El impacto del mundo digital en el aprendizaje

Claudia Rivera Marín

¿Qué está pasando y qué pasará con la educación en la era de las tecnologías de la comunicación que hoy atravesamos? Una tentativa de respuesta se encuentra en el ensayo “El impacto del mundo digital en el aprendizaje”, de Claudia Rivera Marín, académica de la Universidad Iberoamericana Torreón. Este trabajo forma parte del libro —que ofrecemos aquí como adelanto— *Del gis a la pantalla táctil. Siete ensayos sobre educación en la jungla informática*, obra publicada por la Ibero Torreón gracias al trabajo del taller de periodismo coordinado por el Centro de Difusión Cultural.

Asimismo, en esta edición 74 de *Acequias* aparece una larga y emotiva semblanza sobre el padre Luis González Luna y Morfín, primer rector de la Ibero Torreón y uno de los hombres más queridos —acaso el más— de esta institución. La escribió Daniel Lomas, ex alumno de la Ibero, abogado y escritor. Como sabemos, este 2017 nos trajo la noticia de la muerte del padre Luis, aunque se trata sólo de una desaparición física pues su presencia espiritual se mantendrá viva mientras exista nuestra universidad. Otra semblanza, ésta sobre Alberto Athié Gallo, escrita por la también ex alumna Brenda Moreno Sarmiento, complementa este segmento de vidas ejemplares.

Con pasión sin orillas, Jesús Tovar Rendón expone lo que para él es la arquitectura. Disciplina exigente si las hay, las arquitectura es para este maestro de la Ibero un desafío permanente, un reto que consiste en no dejar jamás a un lado el aprendizaje y el deseo de ser creativo.

Fernando Fabio Sánchez nos aproxima a *Dunkirk*, quizá la película comercial más interesante del año, y Daniel Salinas Basave y Gerardo García Muñoz hacen un recorrido por un género literario que en 2017 confirmó su buen momento en América Latina: el *noir*.

Cierra este número con tres textos: una crónica personalísima de Ruth Castro sobre el significado de los zapatos, las zapatillas, y sus tortuosidades en la vida de las mujeres; una exploración a la micronarrativa del argentino Fabián Vique y un cuento corto de Elena Palacios Hernández.

Con este número se cierran veinte años de existencia de *Acequias*, revista ya emblemática de la Ibero Torreón. Y vamos *a por más*, como dicen los españoles.

*Este ensayo forma parte del libro Del gis a la pantalla táctil. Siete ensayos sobre educación en la jungla informática, libro articulado por los integrantes del taller de periodismo de la Universidad Iberoamericana Torreón en 2017. Puede ser adquirido en el edificio F, planta baja, de la Ibero Torreón, o pedir informes en jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx*

**Claudia Rivera Marín**

Licenciada en Relaciones Industriales y Maestra en Administración y Alta Dirección por la Universidad Iberoamericana Torreón. Docente desde 1992. Encargada de la Oficina de Acreditaciones de la Universidad y participante en el taller de periodismo de esta misma institución. claudia.rivera@iberotorreon.edu.mx

La velocidad con que las tecnologías de la información han avanzado en los diversos sectores económicos, sociales y educativos es impresionante. Todos los países deben realizar esfuerzos constantes de innovación y adaptación para no perder competitividad ante un mundo globalizado.

Nuestra forma de comunicarnos es radicalmente diferente que apenas hace cinco años y la construcción de las relaciones interpersonales tiene una conexión intrínseca con la tecnología digital. El modo de educar a los hijos y a los estudiantes ya es impensable sin la presencia —no siempre bienvenida— de los aparatos electrónicos, las redes sociales, las herramientas digitales, las aplicaciones de moda, el software más moderno: el inmenso mundo de las tecnologías de información y comunicación (TIC).

Una amplia variedad de tecnologías disruptivas contiene el potencial de cambiar nuestra realidad, la forma en que vivimos, trabajamos y aprendemos. Un reporte de McKinsey Global Institute menciona las doce tecnologías que revolucionarán nuestro entorno, entre las cuales podemos encontrar el internet móvil, la automatización del conocimiento, el internet de las cosas, el uso de la nube e impresoras en tres dimensiones. “Los beneficios potenciales de las tecnologías mencionadas en este reporte son tremendas —pero también son los retos de prepararse para su impacto—. Si los líderes del mundo de los negocios y el gobierno esperan a que estas tecnologías ejerzan toda su influencia en la economía, será demasiado tarde para capturar los beneficios o reaccionar a las consecuencias”. (Manyika, 2013)

¿Puede el sector educativo quedarse a la zaga en esta corriente que, aun sin quererlo, nos arrastra hacia el futuro?

En todo el mundo, las instituciones de todos los niveles y de acuerdo a su ideología, infraestructura y medios disponibles, han hecho una importante inversión en recursos materiales, financieros y humanos con el fin de acercar nuevas herramientas digitales que mejoren y diversifiquen el aprendizaje de los estudiantes: equipos más modernos, salas de cómputo, programas sofisticados y de vanguardia, mobiliario, pizarrones digitales y por supuesto, formación en TIC.



#### Los millennials y las TIC

En una forma conceptual, los autores Harvey Brooks y Daniel Bell, las describen como “el uso de un conocimiento científico para especificar modos de hacer cosas de un modo reproducible”. (Arista Hernández, s.f). Son herramientas que deben ayudar a mejorar y diversificar el proceso de enseñanza aprendizaje así como la calidad académica, ya que incentivan la aplicación de la creatividad en diferentes ámbitos; introducen nuevos escenarios educativos y fomentan la investigación. Cuando son

utilizadas en forma sistemática, fortalecen el trabajo en equipo y la inmersión a otras culturas.

Por otra parte, lo que hoy tenemos en el aula es la generación de los *millennials*, quienes poseen características singulares entre las que podemos encontrar el amor —y casi la necesidad— por el uso de la tecnología; muestran descontento en el ámbito político, religioso, social y educativo, en donde su demanda es la creación de un medio ambiente que fomente y acentúe su creatividad. Un artículo de la revista *Forbes*, menciona

que actualmente un 30% de la población pertenece a este grupo, y para 2025 representarán el 75% de la fuerza laboral en el mundo. También define seis rasgos clave para los nacidos entre 1981 y 1995:

1. Son digitales.
2. Utilizan varios dispositivos simultáneamente e incluso mientras hacen otras tareas.
3. Tienen adicción al celular. “Un 78 % de los *millennials* en Latinoamérica posee un móvil; un 37 % tableta, un 70 % laptop y un 57 % desktop, según Telefónica Global Millennial Survey 2014”.

4. Prefieren las redes sociales para interactuar, incluso con el mundo laboral.

5. Es un público más crítico y demandante. “Las experiencias digitales negativas en línea y móvil tienen un impacto negativo mucho mayor que sobre otros grupos de edad”.

6. Demandan atención personalizada y tienden a ser protagonistas. (Gutiérrez-Rubí, 2014)

Al parecer esta combinación es un caldo ideal para mezclar y aprovechar la amplia gama de herramientas digitales que existe hoy en día a disposición del sector educativo. El verdadero desafío para la institución y, de forma más particular, para el docente que está al frente de un salón de clase, es encontrar una receta que permita su óptimo aprovechamiento y, a la vez, evitar un abuso que lejos de contribuir al aprendizaje, engendre condiciones perfectas para la distracción.

Consideremos en esta reflexión que el proceso educativo conlleva la transmisión no sólo de conocimientos, sino también de valores, hábitos, principios y actitudes: una formación integral. Por tanto, si queremos analizar cómo ir a la vanguardia y romper paradigmas en el uso de herramientas digitales, no debemos olvidar que toda moneda tiene dos lados, por lo que no se debe perder de vista el aspecto perjudicial cuando se abusa de ellas.

#### Desventajas de las TIC

Un alumno está acostumbrado en su vida privada a utilizar las tecnologías de información prácticamente sin ninguna restricción. A través de su teléfono y con la cada vez más amplia variedad de aplicaciones puede acceder a *chats*, servicios de alimentos y bancarios,

mapas, compras, apuestas, búsqueda de información, pornografía, redes sociales, noticias, en fin, prácticamente todo. Prescindir de este dispositivo le causa angustia, pues siente que se está perdiendo de algo. Dicho alumno espera que en el salón de clase pueda seguir conectado a ese mundo que a la vez lo desconecta de la realidad y, además, es tanta la información a la que tiene acceso, que no puede leer todo, por lo que, al volverse selectivo, deja a un lado aquella que no despierta su interés. Paradójicamente será esto lo que evitará que el estudiante se entere de todo aquello que su escuela intente comunicarle.

La educación virtual es una tendencia que avanza y son cada vez más las universidades e institutos que ofrecen cursos, licenciaturas y posgrados en línea. Ahora nuestros compañeros de clase estarán dispersos por el mundo, lo cual representa la oportunidad de conocer otras culturas, formas de trabajo y aprendizaje. Desgraciadamente, este tipo de sistema requiere una fuerte disciplina del participante, no es simplemente entrar a una plataforma cuando tenga tiempo o ganas, sino respetar horarios impuestos por el maestro o grupo de trabajo. También implicará leer bastante, lo cual no es del agrado de muchos alumnos. Aunque esta modalidad les ayuda a tener cercanía con las TIC, muchas veces es el resto de la metodología la que los ahuyenta.

La diversidad de herramientas didácticas de que puede disponer un maestro no solamente incluye lo digital, dependiendo de sus propias características y competencias podrá usarlas en su cátedra o continuar con una metodología más tradicional. Es importante mencionar que, debido a lo anterior, la capacitación juega un papel indispensable en la actualización del docente, ya que al pre-

sentarle nuevas opciones de recursos y técnicas que puede dominar, será más fácil que adquiera confianza para renovar sus métodos de enseñanza; no se debe olvidar que todas las metodologías son buenas, pero de ninguna se debe abusar.

#### Un reto para el docente

Es frecuente encontrar en el docente un rechazo al uso de TIC: aunque creen que pueden aportar beneficios en el aula, en la práctica encuentran que no es tan fácil como parece. El rol de educador se vuelve aún más complejo. Primero, será necesario que él mismo domine dicha tecnología; segundo, debido a que tendrá que encontrar formas creativas para que el estudiante la use y le saque provecho; tercero, porque tendrá que evitar que se conviertan en un distractor. Por otra parte, el propio docente debe entender el impacto que todas estas herramientas y dispositivos tienen en el participante más allá del plano educativo: si buscamos una formación integral tendríamos que escoger metodologías que abonen al crecimiento del alumno en diversos aspectos, no sólo en la adquisición de conocimientos y habilidades.

No debemos olvidar que cada grupo es diferente, de manera que sería ingenuo pensar que la fórmula que funciona con ciertos estudiantes dará los mismos resultados con todos. Es indispensable que el maestro tenga claro qué resultado quiere obtener y con base en esto determinar cuál será la mejor metodología, herramienta o recurso tecnológico a su alcance. Es decir, deben estar alineadas a una estrategia y a una planeación académica que en todo momento considere lo verdaderamente importante: el aprendizaje, la transmisión de conocimiento, no la tecnología en sí.

En su artículo “Reflexiones críticas

sobre el uso y el impacto de las tecnologías de la información y la comunicación en los ámbitos educativos” Miquel Gómez Serra, de la Universidad de Barcelona, menciona algunos aspectos que resultan interesantes y amplían este tema: “los posicionamientos tecnológicos y ciberoptimistas acostumbran a valorar positivamente la asociación entre educación y entretenimiento, entendiendo que los procesos educativos deben ser entretenidos y divertidos”, y comenta que este binomio se refleja en el término *edutainment*, palabra inglesa que implica una mezcla de educación y entretenimiento. (Gómez Serra, 2006)

El docente e investigador explica que hay autores que están a favor y también en contra de esta práctica, ya que si bien hay materias que favorecen

la introducción de actividades divertidas y entretenidas, hay otras que requieren un rigor que puede resultar tedioso, poco dinámico, pero no por eso disminuye la calidad de la docencia y del aprendizaje. Al reflexionar sobre diversas posturas que ofrecen autores que denomina “ciberoptimistas”, Gómez explora la posibilidad de aprovechar las tecnologías de la información y comunicación en la medida que faciliten el trabajo de los docentes, ya que declara que éstas “permiten establecer una sistematización y un control de los procesos de enseñanza-aprendizaje, pero no pueden ofrecer, o sólo lo hacen de forma parcial y muy limitada, contextos de interacción y de aprendizaje social”.

La empresa Blinklearning, que ofrece diferentes aplicaciones con fines edu-

cativos para alumnos y maestros, realizó un estudio sobre el uso de la tecnología en el aula con el objetivo de conocer la opinión de los docentes e identificar mejoras y necesidades en el proceso de adaptación de las tecnologías. En dicho estudio participaron 740 docentes de España y Latinoamérica cuya práctica abarca desde kínder hasta universidad. Algunos datos que arroja este estudio resultan interesantes: más de un 60% de los encuestados considera que uno de los principales aspectos a mejorar en la educación a nivel general es la falta de motivación en los alumnos y la formación del maestro. Un 65% considera que es necesario incorporar nuevas tecnologías para mejorar la enseñanza, por lo cual la capacitación es indispensable. También se le preguntó en qué área consideran

que requieren apoyo y un 63% considera que sería en el manejo de aplicaciones, programas o plataformas, el conocer prácticas de referencia en tecnología aplicada a educación y metodologías educativas. (Blinklearning, 2016)

Personalmente, coincido con los resultados del estudio así como con las opiniones de los autores. En mi experiencia como docente, me atrevo a mencionar otras desventajas que me ha tocado observar: ante la inmensa cantidad de información de que puede disponer el estudiante, no necesariamente se escoge la mejor, sino la primera que arroja el buscador. Esto provoca, aunado con la práctica nociva del *copy-paste*, que se entreguen muchas tareas iguales y seguramente el alumno ni siquiera leyó lo que incluyó en su trabajo, ensayo o investigación. El uso del celular o la computadora es un fuerte distractor, y el maestro pierde tiempo en estar vigilando que el alumno esté concentrado en la tarea y no en otras páginas o aplicaciones. Cuando la infraestructura educativa no ofrece buena conexión, se pierde mucho tiempo en intentar el acceso al sitio buscado.

Además, si la institución no ofrece equipo para cada alumno y se requiere que cada uno de ellos traiga el propio, encontraremos esa desigualdad entre equipos modernos y antiguos, incluso el propio conocimiento del estudiante sobre las aplicaciones o las plataformas.

Es pertinente también abordar aspectos positivos de la incorporación de TIC a la educación. Al respecto, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) considera que estas herramientas “ayudan a lograr el acceso universal a la educación y mejoran la igualdad y la calidad de la misma; también contri-

buyen al desarrollo profesional de los docentes y a la mejora de la gestión, la gobernanza y la administración de la educación, siempre y cuando se apliquen las políticas, las tecnologías y las capacidades adecuadas”. (Unesco, 2017).

Esta organización apoya a los países con el fin de que desarrollen recursos para la gestión educativa, sin olvidar la brecha digital que existe respecto de los sectores menos favorecidos. Para realizar esta tarea, cuenta con varios programas cuyos objetivos son:

- Incrementar las competencias y el asesoramiento en políticas para la utilización de las TIC en la educación, especialmente en ámbitos emergentes como el aprendizaje móvil.
- Garantizar que los docentes tengan las competencias necesarias para utilizar las TIC en todos los aspectos de su vida profesional gracias a herramientas como el Marco de competencias de los docentes en materia de TIC (ICT CFT).
- Apoyar el uso y el desarrollo de programas informáticos y recursos educativos plurilingües con licencia libre para que puedan ser reutilizados (Software Libre y de Código Abierto-FOSS; Recursos Educativos Libres-REL).
- Promover las TIC para una educación inclusiva, sin olvidar a las personas discapacitadas y la igualdad de género.
- Reunir estadísticas y establecer indicadores sobre el uso de las TIC en la educación.
- Proporcionar asesoramiento para que se disfrute del potencial de las TIC en el conjunto del sistema educativo. (Unesco, 2017)

El sitio web de la Unesco contiene artículos diversos sobre el uso de herramientas digitales en los diferentes

niveles educativos desde primaria a educación superior, en grupos con necesidades especiales, así como la utilización de la nube, el aprendizaje móvil, recursos educativos abiertos, entre otros.

Asimismo, Miquel Gómez también resalta en su ponencia puntos de vista favorables que vale la pena reflexionar; entre ellos el fomento al trabajo autónomo del estudiante, el rápido acceso a todo tipo de información, la oportunidad de personalizar el proceso educativo, una mayor eficiencia en el uso de recursos e instalaciones físicas. (Gómez Serra, 2006)

Otro autor, José Juan Arista Hernández de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, tiene un ensayo en el que también aborda este tema; en él hace una reflexión sobre ventajas y desventajas de la incorporación de las TIC. Declara primeramente que “la tecnología educativa la podemos definir como el resultado de las aplicaciones de diferentes concepciones y teorías educativas para la solución de una amplia gama de problemas y situaciones referidas en el proceso enseñanza-aprendizaje y que por lo regular se apoyen en el uso de la multimedia y el Internet”.

Él plantea un panorama positivo ya que se fomenta el uso de plataformas didácticas en las que el maestro puede gestionar diversos contenidos y crear nuevos. Considera que un alumno podrá incrementar su acervo cultural, mejorar la comprensión de conceptos así como desarrollar nuevas capacidades y habilidades. (Arista Hernández, s.f)

Por otra parte, el mencionado estudio realizado por Blinklearning en 2016 también investigó qué ventajas observan los docentes en el uso de TIC. Un 84% expresó que la mayor ventaja es el aprovechamiento de contenidos



# Recuerdo al carboncillo del padre Luis

Daniel Lomas



más interactivos, mientras que un 71% considera que impactan positivamente la motivación de los alumnos y un 62% considera que les dará mejores oportunidades en el mundo laboral.

En resumen, la verdadera reflexión que se pretende en este trabajo no es si debemos o no introducir tecnologías de información y comunicación en la práctica docente, sino decidir qué recurso es el que nos ayudará a dar el mejor resultado, en términos de formación integral del alumno. Considero que, si bien existe una buena voluntad por parte de los maestros para incorporar las TIC en su cátedra, es inevitable sentir una cierta inseguridad cuando no se domina el tema y a la vez, se tiene conciencia de que lo más seguro es que el alumno sí lo haga. Esta seguridad se podría ir alcanzando primeramente con la capacitación adecuada y el uso constante de herramientas didácticas que ayuden al proceso de enseñanza-aprendizaje.

Será necesario que el docente cuente con el apoyo y la infraestructura ade-

cuados por parte del centro educativo, además de buscar una congruencia entre las actividades y recursos elegidos con los temas y objetivos que contiene su cátedra. Es decir, no es usar por usar, sino asegurar que se tiene un objetivo claro y que efectivamente está mejorando la práctica. Lo cierto es que todos los docentes debemos actualizarnos constantemente, no sólo en la propia disciplina, sino en todos los campos que nos permitan desarrollarnos en nuestra tarea como maestros. Los alumnos representan un reto muy grande, por lo que debemos tener una apertura al cambio y a la mejora continua.

## BIBLIOGRAFÍA

Arista Hernández, Jose Juan. “Tecnologías de la información y la comunicación (TIC) aplicadas a la docencia”. S.F. Tomado del sitio web <https://www.uaeh.edu.mx/scige/boletin/prepa2/n1/e1.html>

Blinklearning. “II Estudio sobre la tecnología en el aula”. 2016. Toma-

do del sitio web [https://blinklearning1.blob.core.windows.net/tmp/BLINK\\_informe\\_TIC\\_2016.pdf](https://blinklearning1.blob.core.windows.net/tmp/BLINK_informe_TIC_2016.pdf)

Gómez Serra, Miquel. “Reflexiones críticas sobre el uso y el impacto de las tecnologías de la información y la comunicación en los ámbitos educativos”. 2006. Barcelona.

Gutiérrez-Rubí, Antonio. “6 rasgos clave de los millennials, los nuevos consumidores”. 2014. Revista Forbes. Tomado del sitio web <https://www.forbes.com.mx/6-rasgos-clave-de-los-millennials-los-nuevos-consumidores/>

Manyika, James *et al.* “Disruptive technologies: advances that will transform life, business and the global economy”. McKinsey Global Institute Report. 2013. Tomado del sitio web <https://www.mckinsey.com/business-functions/digital-mckinsey/our-insights/disruptive-technologies>

Unesco. “Las TIC en la educación”. 2017. Tomado del sitio web <http://es.unesco.org/themes/tic-educacion>

## Un viejo niño sabio

Una de las almas más avanzadas que he conocido es sin duda la de Luis González Luna y Morfín, sacerdote jesuita. Pero al pronunciarlo así, con todas sus letras juntas, creo que hay en su nombre un eco de solemnidad. Y yo más bien acostumbraba dirigirme a él siempre tuteándolo: Oye, Luis, fijate que esto... Oye, Luis, fijate que aquello... Así, con familiaridad y con franqueza, con el calor de la cercanía. Porque él (que era de risa fácil y contagiosa, fresco, vital, sencillo, campechano) no interponía barreras en su trato con el prójimo; ni títulos, ni jerarquías, ni la experiencia de sus canas ni nada que destruyera el equilibrio, la igualdad que por naturaleza prevalece en el fondo entre los seres humanos. El padre Luis fue de veras un alma tan grande que jamás vi en sus actitudes el más pequeño alarde de grandeza.

¿Por dónde empezar el trazo del retrato de un hombre tan profundo, si en este caso las palabras me son insuficientes? Cada que pienso en él, me vuelve a la memoria el Volkswagen que usaba a mediados de los años 90'. Su “bochito” color azul marino, con una diminuta calcomanía del escudo de las Chivas Rayadas de Guadalajara untada al medallón trasero. Aquella calca adhesiva funcionaba como una especie de GPS previo a la era digital, pues en cuanto veíamos el inconfundible bocho estacionado a las afueras de la Escuela Carlos Pereyra, bajo la sombra de un árbol, cualquiera podía afirmar sin error: ahí está el padre Luis. Ya entonces, él era un personaje muy querido por los alumnos de la prepa, y encontrarlo en un pasillo era una oportunidad perfecta para reñirle, en son de broma, su incurable afición al rebaño sagrado, a las famosas Chivas de su natal Guadalajara.

En aquel período de formación, él fue mi maestro en las asignaturas de ética. Yo (aún no cumplía los 18 años) lo percibía como un mayor. El padre Luis había nacido en abril de 1937 y por entonces se aproximaba a la edad de 60. Sus escasos cabellos eran blancos y poseía un aire de abuelo entrañable, de viejo sabio, de niño viejo o viejo niño. Lo que no alcanzo a adivinar es cuándo se habrá vuelto sabio el padre Luis. ¿En qué momento recobró la total inocencia? ¿La recobró? Realmente pienso que sí.

## Daniel Lomas

(Torreón, Coahuila, 1978) es poeta y narrador. Estudió la licenciatura en Derecho en la Universidad Iberoamericana Torreón. Ha coordinado diversos talleres literarios. Cuentos y poemas suyos han aparecido en la revista *Acequias* de la Ibero Torreón y han sido incluidos en los libros de carácter colectivos *Hoy no se fía, Mañana tampoco* y *Coral para Enriqueta Ochoa*. En 2007, bajo el sello editorial Arteletra, apareció *Una costilla de la noche*, su primer libro individual. En 2013 publicó la semblanza biográfica *Tomás Ledesma, Veladuras que pinta el tiempo*, y también su primera novela *Morena de mar*. En 2014 ganó el premio Clemencia Isaura con su poemario *Chantajes del olvido*. [viejodongato@hotmail.com](mailto:viejodongato@hotmail.com)

Como maestro, recuerdo que era lúcido, inteligente, capaz de hacer pensar las cosas desde un ángulo nuevo. Se desplegaba con esa claridad expositiva que uno oía en sus charlas, en sus talleres y homilías. Y sin embargo, esta virtud de su inteligencia, colocada en una balanza, no desbalancearía las escudillas puesto que no pesaba más que otros atributos suyos: su generosidad, su don de gentes, su empatía, su carisma, su corazón literalmente amoroso.

En esa época, personalmente él se encargaba de organizar las misiones de Semana Santa. Un autobús (de los que aquí denominados “rancheros”), atestado de jóvenes, partía a los ejidos de Lequeito (a Batopilas, a 18 de Marzo, a San Isidro, a Finisterre, a San Salvador), de donde regresábamos al cabo de la semana mayor en estado *hippios*: desaliñados y felices. También organizó un servicio social que consistía en visitar a los presos, y así, una Combi blanca con el escudo verde de la Pereyra rugía con sus fauces mecánicas rumbo a la cárcel de Gómez Palacio, Durango, afincada en la calle Mina.

Cálido y agradable, sabía querer a la gente y darse a querer. Me consta que, como muestras de afecto, no faltaba que alguien le obsequiara un pastel, una compota de frutas, una botella de vino. E igualmente recaudó en algún momento donativos, pero de eso hablaré más adelante.

Recuerdo algunas de sus manías personales. A su agenda, por ejemplo, la denominaba con el mote de “Mi Suegra”. ¿Oye, Luis, podemos vernos tal día? Y entonces él respondía: Déjame lo consulto con Mi Suegra, y extraía del bolsillo de su camisa una agenda rectangular con las dimensiones de una chequera. Metódico, ordenado, en ella

consignaba el itinerario de sus horas, de sus días y semanas. No se fiaba jamás de la volubilidad de la memoria, que es caprichosa y selectiva. La chispa de su buen humor, en cambio, ésa sí que no estaba agendada y la disparaba a diestra y siniestra con quien se le pusiera enfrente. Recuerdo también su “Rodilla Biónica”, como bromistamente él llamaba a esa articulación que le propinó tantos dolores de cabeza pues no sé cuántas veces fue sometido a intervenciones quirúrgicas en esa articulación, al grado de volverse necesario que los médicos le injertaran una placa de titanio, y de ahí el apodo. Aquellas horas de malestar él supo sortearlas con la ayuda de un transitorio bastón y plantándose con buena cara al mal tiempo.

Por otra parte (y un tanto paradójicamente a su manía de agendarlo todo), era un fiel devoto de lo que él mismo bautizara como “La Santa Improvisación”. Cuando los planes no marchaban bien, o ante cualquier contrariedad o contratiempo que le surgiera en el camino, él solía dejarlo todo en manos de La Santa Improvisación, que no solamente suena a improvisación jazzística. ¿Qué era aquello? ¿Una conciencia de dejarse fluir en el oleaje de la vida? ¿Confiar en que las soluciones a los líos más gordos a veces nos caen repentina e inesperadamente del cielo? ¿No habrá algún parentesco entre La Santa Improvisación y La Divina Providencia? ¿Ambos no son, acaso, sino dos nombres que demuestran plena confianza en la vida, en los designios de Dios o el universo? En fin, ante cualquier carencia o vicisitud que rebasara su voluntad, él sencillamente se encomendaba a La Santa Improvisación.

Como una última pincelada, diré que lo recuerdo con los pómulos de su

rostro eternamente sonrosados, como de joven quinceañero, y que durante años calzó de ordinario unos enormes zapatones de lona, sin agujetas e informales, anticeremoniosos, que lo llevaron y trajeron por los hondos caminos de su vida.

### Capellán del Cereso

En el año 2001, el padre Luis llevaba más de una década acudiendo regularmente a la cárcel. Martes a martes, estacionaba su vehículo (ya no el bochito azul marino sino un Spirit blanco) en el terreno de polvillo pulverizado que era el estacionamiento del Cereso No. 2, en la ciudad de Gómez Palacio, Durango. Descendía del volante, cargado con la estola y una sotana ligerísima colgando en su antebrazo, un *tupperware* lleno de hostias consagradas, junto a la Biblia y la infalible Suegra. Portador de una palabra de aliento entre los muros grises, acudía a celebrar la Eucaristía y, ocasionalmente, confesaba. Desde años atrás, él había organizado a un conjunto de personas (la maestra Alejandra, Joan M., Verónica, Elba, don Bernardo, Ramón, don Nico), que no sólo lo acompañaba al interior del Cereso, sino también, samaritanamente, se las ingeniaba para conseguir artículos de uso personal (como jabones, rastrillos, estropajos, papel higiénico o toallas sanitarias), que luego aportaba gratuitamente a los reos. Parecen o son cosas pequeñas, elementales, pero recuérdese que en la cárcel hasta un cigarro o un peso adquieren mayor valor en comparación con su importancia real en la calle. Y ellos eran quienes conformaban el Equipo de Pastoral Penitenciaria, encabezado lógicamente por el padre Luis. Ah, y solían conseguir además un objeto que en aquellas circunstancias



resultaba valiosísimo: tabloncillos de madera que los reos recibían y utilizaban para fabricar lo que dictara su inventiva: pequeños alhajeros, especieros para cocina, relojes de pared, retablos labrados, etcétera, para luego venderlos y ayudarse económicamente.

Martes a martes visitaba el Cereso, el padre Luis (repito), y a la salida, era probable que acudiera a impartir una charla en Casa Ñiño, o una clase en la Ibero o en la Pereyra, o incluso a desayunar con amistades de clase social alta. Pues sin hacer distinciones, convivía igualmente con ricos y con pobres. Y en la diversidad, a todo mundo concedía un trato y valor idénticos: él era el mismo con los estudiantes de prepa y de carrera, el mismo ante los funcionarios públicos del Cereso, el mismo con amistades de dinero, el mismo con los celadores a veces de ceño huraño y mal pagados, el mismo con los reos. ¿Era una conciencia de que todos somos Uno y que la humanidad entera forma quizás una Unidad? Sea como sea, lo suyo no era un mero humanismo de

tecnicismo y pizarrón, ni una teología ni una metafísica verbal, sino un amor plasmado muchísimo más allá de los conceptos, en la práctica cotidiana.

Me consta todo lo anterior porque tuve la suerte de que me invitara a trabajar en Pastoral Penitenciaria. Parecerá un desahogo sentimental esto que voy a decir pero juro que es verdad letra por letra: conocer al padre Luis y tratarlo de cerca ha sido uno de los regalos más grandes que me ha obsequiado la vida. Al margen, comento que él ofició la misa el día de mi boda y que años después bautizó a mi hija; y sin embargo, por encima de eso, lo más que le agradezco es que me haya brindado la oportunidad de desenvolverme en el arduo Derecho Penal. A Fabiola (por entonces mi novia) y a mí, nos propuso que laboráramos en el área jurídica de Pastoral Penitenciaria. Esa ocasión nos habló muy formal y dijo así: “En el área jurídica”, y aquello nos sonó a que ya contaría con algún abogado dotado de experiencia, con horas de estudio a cuestas y hasta con

un afilado colmillo de mamut, quien nos orientaría paso a paso. La idea, por supuesto, nos agradó. Una mañana nos citó en el Cereso, lo acompañamos a la capilla y al final de la misa les anunció a los reos: “Aquí hay un par de jóvenes licenciados por si alguien necesita de ayuda”. Sentados en una banca de madera, primero, mientras otros esperaban de pie, se armó una fila de internos más larga que la una tortillería a las dos de la tarde. Se acercaron a nosotros más de cien gentes. Y es lógico, pues todo el mundo requiere un abogado si se encuentra en prisión. Ah, y por supuesto no existía el pez gordo del Derecho que nosotros, recién egresados, ingenuamente esperábamos. Luis, nos aventaste al ruedo con mentiras, le reclamaba yo en son de broma y él únicamente se sacudía de la risa.

Ahí inició una ardua y bella aventura que se prolongaría por siete años. El padre Luis empezó a pagar los gastos que generan los juicios penales. En ese lapso, se atendió una cifra exorbitante de procesos del fuero común y se obtu-

vieron innumerables libertades y varias sentencias absolutorias. Él financiaba viajes a Durango para que promoviéramos las preliberaciones (o beneficio de la libertad anticipada, un derecho al que pueden aspirar aquellos reos que han purgado la mayoría de sus condenas y han observado buena conducta y realizado estudios oficiales y/o un trabajo). Viajes a poblaciones perdidas en busca de algún documento indispensable con tal de agilizar un trámite burocrático. Nos resolvía, además, variopintas peticiones. Oye, Luis, fijate que necesitamos un notorio público que nos redacte un acta de tal cosa, y él nos conseguía el notario. Y el rango de su ayuda se extendía muchas veces más allá del ámbito legal. Oye, Luis, fijate que a don Chuy (un hombre ya viejo, de ochenta y pico de años, que un mal día amaneció con la pierna izquierda paralizada, tan dura como una roca y caminaba arrastrándola) le urge que lo revise un médico, y él le concertó una cita con

un internista de Condomedics. Oye, Luis, hay un señor oriundo de Oaxaca que está a punto de obtener su libertad, pero carece de dinero para regresar a su pueblo de origen, y el padre Luis aportaba una suma con tal de que ese hombre abordara un autobús de camino a su tierra. Cierta ocasión, en un embrollo digno de mala telenovela, hasta nos tuvo que conseguir un ginecólogo. Luis, fijate que una señora reportó a su hija como desaparecida. Después nos enteramos que la muchacha se había fugado a un baile en compañía de su novio y que pasó la noche junto a él. La policía, que nunca le echa guante a nadie, los pilló a la mañana siguiente. Y puesto que la muchacha no ha cumplido los 16 años, ahora acusan al novio (que también es menor de edad) de violación. Pero, increíblemente, esa muchacha es tan inexperta, tan ignorante, la pobre, que no alcanza a comprender si en efecto sostuvo o no una relación sexual. La madre, con tal de averiguar

la verdad, desea que un ginecólogo haga el favor de revisar a su hija, pero que sea un ginecólogo del todo ajeno al sistema judicial. Y el padre Luis, como en muchos otros casos, nos consiguió al profesionalista que, como en muchos otros casos, realizó su labor y de paso nos condonó los honorarios. Y es que la gente caía en el halo del padre Luis, era atrapada por su benéfico influjo protector y cooperaba de buen agrado.

Además de costear los juicios penales y otros gastos menudos, hay un detalle que considero valiosísimo: durante esos siete años, el padre Luis pagó un sinnúmero de fianzas para que ciertos reos recobraran su libertad. Seguro que esto lo saben muy pocas personas, puesto que no presumía a su mano izquierda lo que gentilmente él realizaba con la derecha. Fianzas en beneficio de inocentes y también de culpables (o penalmente responsables) que habían purgado la mayoría de sus condenas. En el tiempo que dura el encierro no es infre-

cuente que los internos pierdan no sólo la solvencia económica y las propiedades (si las hay), sino también los lazos filiales, ya sea porque las familias los abandonan a su suerte o porque simplemente continúan con su ritmo de vida al margen de ellos. Hay quienes, pues, verdaderamente carecen del dinero necesario para cubrir la anhelada fianza.

Y en contra del estigma social que suele rechazar en seco a los ex convictos, prejuizándolos y repeliéndolos, el padre Luis en cambio se atrevía a confiar en ellos (no por nada, el vocablo fianza proviene del verbo *fiar*), y cooperaba en aras de brindarles la oportunidad de que rehicieran su vida. ¿Y de dónde sacaba todo ese dinero? ¿De su bolsillo directamente? ¿Del dinero que caía en su bolsillo y que probablemente no lo consideraba suyo? ¿De la chistera de La Santa Improvisación y de los donativos? En fin, en un afán atolondrado de cuantificar las cosas (como si la generosidad pudiera medirse en cifras aritméticas), calculo que fácilmente él proporcionó los recursos para pagar arriba de 250 fianzas, de 250 libertades. Y todo esto lo comento porque estoy convencido de que tal labor no hubiera sido viable sin la inspiración del padre Luis, sin la altura moral de su persona, sin su aporte económico.

Recuerdo una escena emotiva: una fría navidad (cuyo año hoy no logro precisar) en la que lloviznaba agua-nieve y las garitas de la cárcel se condensaban de blanco, solamente en ese día, entre 12 y 15 internos obtuvieron su libertad gracias a la ayuda del padre Luis. Por eso sé y me consta que muchísima gente quedó agradecidísima con él.

En aquel ciclo que trabajamos en Pastoral Penitenciaria, innumerables

ocasiones Fabiola y yo acudimos a charlar con el padre Luis para informarle de los avances y retrocesos que surgían en los juicios. Nos recibía en una salita privada, a dos o tres zancadas de la capilla, en la antigua casa de los jesuitas. Por supuesto, él no era un hombre cándido (en el sentido de que no ignoraba que la maldad puede incubarse en el corazón del ser humano), y sin embargo, ante cualquier zancadilla o golpe bajo que de cuando en cuando nos asestaban, mañosamente, jamás lo vi encenderse con un pensamiento o un dicho de ataque, ni en sus ojos ni en su boca. No exagero: para mí el padre Luis es la versión terrenal más cercana que he conocido de lo que representa la santidad, o vivir la santidad. No pensamientos de ataque. No juicios al prójimo. No perturbaciones con raíz en el miedo. El desapego, el desprendimiento y la generosidad a raudales. El amor expresado en diferentes actos, en diferentes obras, en diferentes escenarios. Todo eso lo veo en él con claridad. Es más, como si el poder de su mente pudiera irradiar hasta otra mente, yo me sentía en paz después de charlar un rato con él en aquella salita, como si su paz interior se transmitiera igual que un resfriado.

Hay dos momentos (que recuerdo vívidamente) en los que veo brillar al padre Luis en todo su esplendor. El primero es una muestra de la gran capacidad para consolar que él poseía, y está ligado al Jueves Santo, a la ceremonia del Lavatorio de Pies. Aquel día tuve la suerte de acompañarlo al interior del Cereso y presenciar la misa que ofició. Después de atravesar la aduana principal (donde a mí me pidieron que me despojara de un zapato, con tal de revisarme el calcetín; a otros les revi-

san hasta las amalgamas de las muelas), y de recorrer un túnel subterráneo de varios metros de largo, emergimos a la dura realidad carcelaria. Como si el padre Luis fuera un poderoso imán, en cuanto lo vieron aparecer, un enjambre de reos empezó a arremolinarse alrededor de sus pasos. Todos querían decirle algo. Lo saludaban con respeto y afecto. Y me parece natural, pues seguro que también ellos intuían que el padre Luis era un hombre en quien podían confiar, e incluso desahogar con él las cuitas por impresentables que fueran.

(Abro un paréntesis: el acercamiento a la espiritualidad —sea de la religión que sea—, las sesiones de Alcohólicos Anónimos y la concentración de la energía en el estudio y el trabajo, eran quizás las únicas tablas de salvación con las que contaban los reos para sobrevivir lo más dignamente posible en aquel cautiverio y no sucumbir a la violencia congénita de la cárcel. El padre Luis desempeñó el papel de capellán de la cárcel durante veinte años, aproximadamente, y lo hizo sin el brillo de los reflectores, desde la sombra y para la sombra).

Obvio que no recuerdo aquella misa del Jueves Santo paso a paso, fotográficamente, pero sí que recuerdo la emotividad de la homilía. De pronto el padre Luis, de pie, detrás de una mesita de madera cubierta con un mantel y sin ningún adorno, empezó a hablar: Dios los ama, les dijo a los internos que, en hileras, llenaban la capilla. Independientemente de lo que hayan hecho en su vida pasada, Dios los ama. Dios conoce su corazón y Él sabe cómo es cada uno de ustedes, y así los ama, tal y como son.

Pero, no sé, había en sus palabras tal carga de calidez (quizás intransferible





al papel), que sonaban conmovedoras, estrujantes y que el oído recibía como un consuelo. Eran muy hondas sus palabras en aquel escenario: una capilla mal pintada de blanco, más bien con aires de bodega un poco descuidada, sin otro lujo que una cruz de madera —simplísima—, clavada en la pared donde faltaba un altar. Y vaya que el padre Luis sabía inspirarse al hablarles a aquellos hombres. A aquellos hombres que eran hombres duros, bravos, alebrestados a veces, que han pasado por trances tremendos o que han llevado una vida de torbellino, inconsciente y autodestructiva, cuyas figuras transpiraban horas de encierro. Y de pronto el padre Luis venía a decirles: Dios los ama, y uno sentía que flotaba en el aire algo así como un estremecimiento de silencio, la electricidad invisible de un impalpable bálsamo curativo. Y parecía que sus palabras fueran capaces de desvanecer por un instante los muros de cemento de la cárcel. Aburridos, hostiles, color gris monocorde. Y el padre Luis hablándoles así (o hablándonos así), tan simple, tan afectuoso, él, tan cercano a cada uno, porque en efecto daba la impresión de dirigirse a cada uno pese a que sus palabras las destinara más bien a la pequeña multitud. Aquellos hombres lo oían con atención, algunos con el rostro a punto de quebrarse en lágrimas, las miradas acuosas y fijas allá en el altarcito improvisado. Ya sin narrar la acción de ver a los internos lavarse y enjugarse el pie unos a otros, entre los cánticos, las guitarras y el triste vozarrón de los hombres presos, aquella ha sido una de las misas más conmovedoras e impactantes que he presenciado.

Y aquí va un segundo recuerdo. Cierta madrugada me telefonearon los familiares de un ex convicto a quien

habíamos ayudado a obtener su libertad. Me informaron una noticia pésima: a su pariente lo habían quemado. Literalmente, le habían prendido fuego arrojándole un solvente químico y un cerillo. El resultado: quemaduras de tercer grado. Después de deambular montado en una ambulancia de un sanatorio a otro, finalmente lo recibieron en el Club de Leones. Lo vi en la camilla, con la cabeza pelada y en carne viva (que horas más tarde habría de inflamarse hasta alcanzar el tamaño de un balón de basquetbol). Despedía un terrible aroma a chamuscado (después habrían de revivirlo con electros-hocks). En el hospital, pedían que alguien firmara responsabilizándose de los gastos. La familia, por cierto, no tenía un centavo. Vivía en condiciones paupérrimas. En vez de muros, las paredes interiores de su vivienda eran de cobertores. Polines de madera apuntalaban una techumbre de láminas viejas. Como quizá inconscientemente yo suponía que el padre habría de respaldar tal decisión, no dudé en firmar. Por la mañana, muy temprano, Fabiola y yo timbramos en casa de los jesuitas. Le expusimos la situación al padre Luis y le explicamos la urgencia de un primer pago, alrededor de trece o catorce mil pesos. No recuerdo exactamente qué palabras empleó para decirme que de momento no contaba con esa cantidad, pero (fiel devoto de La Santa Improvisación) añadió: Ahorita vemos cómo lo solucionamos. Sígueme.

Caminamos a sus espaldas y recuerdo que hasta nos ofreció una fruta en tanto él se dirigía hacia el rincón izquierdo del comedor. Ahí, adosado a la pared, había un casillero de madera en el que se depositaba la correspondencia que recibían los sacerdotes. Un par

de cartas ocupaban el sitio destinado al padre Luis. Tomó la primera y rajó el sobre. Y, como en acto de magia, extrajo un fajo de billetes. Miren, ya apareció el dinero, exclamó con una alegre risotada, como si se tratara de una broma. Alguien, con puntería perfecta y a la hora exacta, le había enviado un donativo. Era, además, justo la suma requerida en el sanatorio. No retuvo el dinero entre sus manos más tiempo de lo que tardó en contarlos y nos los entregó para que acudiéramos a pagar. Y fue todo, nos despedimos con naturalidad, como si no hubiera ocurrido un hecho asombroso. A veces pienso que el universo, con su gran inventiva, colocaba al padre Luis en el lugar correcto para que él moviera los hilos y el destino de otras personas, y prestara la ayuda que prestaba en horas de inclemencia.

#### Faro de la conciencia

A estas alturas del relato, cualquiera habrá advertido que este retrato es incompleto, inacabado, apenas un bosquejo al carboncillo del padre Luis, pues únicamente me he limitado a hablar de los breves instantes que convivía con él y la complejidad de un ser humano, en cambio, se compone de múltiples facetas. De hecho, me pregunto cuántas personas no guardarán en la memoria alguna anécdota vibrante que lo involucra a él y sea digna de mención.

En 2008, después de varios lustros radicado en la Comarca Lagunera, la Compañía de Jesús decidió que el padre Luis emigrara a Roma. Allá fungiría, me parece, como guía espiritual de jóvenes novicios. Y entonces concluyó aquella aventura de Pastoral Penitenciaria cuyo principal “defecto” consistía en que, en su engranaje y en su funcionamiento, la figura del padre Luis nos resultaba im-



prescindible: él era el eje gravitacional. A veces uno no comprende al instante las razones ocultas con que gira la vida. Tiempo más tarde, y con brutalidad extrema, estalló en la región la ola de violencia del narcotráfico. Las balacearas que cimbraban las calles alcanzaron incluso a las zonas residenciales. Los ajusticiamientos en los bares cobraban la vida de inocentes. Y en ese clima de demencia, el Cereso No. 2 no estuvo exento de la barbarie. La fiera que durante años durmió un sueño de relativa paz, despertó desquiciada: hubo motines, colchones ardiendo en llamas en las azoteas de los módulos de reclusión. Se habló incluso de que algunos reos, armados con las armas de los custodios y con la anuencia de la oficina de la Dirección, salían por las noches a cometer actos inimaginables.

Corrieron los años, y la última vez en que estreché la mano del padre Luis fue en octubre de 2014, cuando a la biblioteca de la Ibero Torreón la bautizaron con el nombre Luis González Luna y Morfín. En aquella ceremonia, noté que su aire de abuelo entrañable

se había acentuado (o acendrado). Y aunque a mí me dolió un poco verlo en una silla de ruedas, él iba muy sonriente como toda la vida. La comunidad universitaria y sus fieles simpatizantes lo despedimos con una ráfaga de aplausos, antes de su partida a la ciudad de México.

Luego, la mañana del 8 de agosto de 2017, en la que amanecimos con la noticia del fallecimiento del padre Luis, francamente no permití que la tristeza me atacará más de quince minutos. ¿Por qué voy a entristecerme ante la supuesta pérdida de un hombre que realizó tan impecablemente bien su tarea en el mundo, el viejo oficio de ser un alma en carne y hueso? Supuse que en el cielo habrían de recibirlo con una gran fiesta. Ameritaba que una orquesta, algo así como una eufórica *big band* con sus trombones y trompetas, lo vitoreara en su bienvenida, festivamente —y esto que digo quizás no sea del todo un mero disparate.

Ahora que lo observo en retrospectiva y que sondeo en la grandeza del padre Luis, de veras que me quedo im-

presionado y me conmuevo (caray, me conmociona tanto, como con un estremecimiento de belleza etérea, tal vez porque su vida posee un mucho de obra de arte). Ahora que él no está aquí en este bello aire que respiramos, he guardado muy a la mano su recuerdo, para que viaje conmigo durante el resto de mi travesía. Su recuerdo es para mí tan luminoso como un faro marítimo. Un altísimo ejemplo de ecuanimidad, de sapiencia, de alegría de vivir, de servicio y de fe, de literal amor. La imagen de un hombre que fue capaz de vivir anclado al presente y de gozar la vida tal y como llegara a su puerta, sin mancillarla con quejas. Un hombre que nos vino a recordar que la nobleza humana no es ninguna utopía. (¿Qué hubiera hecho el padre Luis ante este dilema que a mí me roba el sueño? ¿Con qué templanza, con qué chispazo de buen ánimo él hubiera sorteado tal situación erizada de espinas?). Como un faro marítimo, repito, que arroja un potente halo luminoso para que no extravíen su ruta los navíos que hoy surcan en los mares de la conciencia.

# Alberto Athié Gallo: incansable en la lucha por los derechos humanos

Brenda Moreno Sarmiento

*Descubrí que es necesario desprenderse de lo que no es necesario, para dedicarse a causas más importantes, como cuidar de la propia humanidad, como lo más valioso de la vida.*

A. ATHIÉ GALLO



● Qué inspirador conocerlo y saber de su labor! Lo escuché hablar por primera vez en un “Foro Regional sobre inclusión y accesibilidad: Abriendo puertas hacia las personas con discapacidad” organizado por la Comisión de Derechos Humanos del Estado de Coahuila (CDHEC), celebrado en nuestra ciudad en el mes de agosto pasado.

Fue invitado como conferencista magistral, subió al estrado con su rostro amable, pues es un hombre de 63 años, alto, de cabello y barba blanca, con voz y presencia capaz de captar la atención y dejarnos sentir su empatía hacia la audiencia.

Antes de ir al evento había echado un vistazo a su currículum, pues la verdad para entonces no sabía nada de él. Leer sobre su trayectoria sinceramente me impactó, ya quería escucharlo y verlo en persona.

Se trata de un hombre dedicado en cuerpo y alma a luchar por la dignidad y el cumplimiento de los derechos de los seres humanos, lo cual implica romper el hábito de ver para “si mismo” y voltear a ver a “los demás”. Cuando conozco personajes así pienso: De haber más personas con esta forma de vida, tendríamos un mundo mejor. Creo que por eso me sentí inspirada a compartir estas palabras sobre él.

Nació en la Ciudad de México en el año 1954, estudió Licenciatura en Filosofía por la Universidad del Valle de Atemajac, Jalisco; luego la Licenciatura en Teología y Maestría en Teología Moral, con especialidad en Ciencias Sociales por la Universidad Gregoriana de Roma, Italia. Realizó un sabático especializado en Minorías Étnicas en Estados Unidos, en Hesburg Center de Chicago, afiliado a la Universidad Gregoriana de Roma, Italia.

Fue sacerdote católico por veinte años, trabajó como párroco en comunidades muy pobres luchando por el derecho a la educación, capacitó a jóvenes a través de escuelas-empresa incluyentes (de personas con

discapacidad) como carpinterías, panaderías, desarrollo artesanal, en la que colaboraban madres con hijos; trabajó también en la prevención y atención a personas con adicciones; acompañó a personas presas, y a su salida buscaba su reinserción a la sociedad.

Durante esos años tuvo a su cargo, también, responsabilidades nacionales e internacionales a favor de los Derechos Humanos de personas en situación de extrema pobreza, marginación, violencia, riesgos por emergencias, personas con discapacidad y cuidado del ambiente.

Fue uno de los promotores de la primera ley en México que promoviera y regulara los servicios financieros populares, dado el grave problema de la usura y de la falta de servicios y protección de los recursos de las personas más pobres; colaboró en la comisión por la Paz y la reconciliación en Chiapas; consultor de la Comisión para la Prevención contra la Violencia hacia las Mujeres en Ciudad Juárez, Chihuahua.

El año 2003 marca un momento importante en su vida, renunció irrevoca-

blemente al sacerdocio, al darse cuenta de que la institución en todo el mundo se oponía a buscar la justicia de las víctimas abusadas sexualmente por clérigos, creando, por el contrario, mecanismos para proteger su imagen y salvaguardar el prestigio de sus miembros, por encima de la verdad, la justicia y el grave daño a las víctimas en México y el mundo. A partir de ese año ha sido un miembro activo en las redes que luchan por los derechos de las víctimas de abuso clerical en México y es representante ciudadano de víctimas sobrevivientes de abuso sexual en México ante el Comité de los Derechos del Niño de Naciones Unidas.

Fundó y es miembro de la Red “Es por la Paz”, para la construcción de modelos ciudadanos de prevención de violencia, resolución de conflictos y construcción de la paz en cinco zonas de alta violencia en el país, como La Laguna, Morelos, Guerrero, Nezahualcoyotl e Iztapalapa.

Su currículum es amplio, pero resumo que ha sido activista de distintas organizaciones de la sociedad civil y consultor en ética por 40 años, tanto

para el sector público como para la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH). Fue reconocido en el 2014 por la revista *Quien* como uno de los 50 personajes que transforman a México, entre otros reconocimientos.

El mensaje en sus ponencias es básicamente éste:

El ideal es que cualquier persona, desde cualquier parte donde se encuentre, luche por la dignidad y los derechos de las personas que se encuentran en su entorno, sin necesidad de ser un especialista o experto. Todas y todos podemos hacer algo a favor de las personas.

Durante la conferencia en la que lo conocí, dirigida a personas con discapacidad y representantes de organizaciones civiles y gubernamentales que trabajamos con y para personas con discapacidad, afirmó que aunque vivimos una crisis sistémica de graves violaciones a los derechos humanos, debemos lograr para las personas con discapacidad “la plena inclusión”, que engloba todo lo que propone la Convención Mundial de

## Brenda Moreno Sarmiento

Es licenciada en Diseño Gráfico (1996) y maestra en Educación y Desarrollo Docente (2002) por la Universidad Iberoamericana Torreón. Colaboró de 1996 a 2004 en distintas áreas de la Ibero Torreón, entre ellas, diseñadora editorial en el área de Publicaciones Periódicas; fue maestra del Departamento de Arquitectura y Diseño, de la licenciatura en Educación; asistente de la Vicerrectoría Académica y encargada de la Oficina de Exalumnos. Desde el año 2009 trabaja para Mentas con Alas, A.C. como Coordinadora de Proyectos de Recaudación.  
brenda\_moreno73@hotmail.com

## El oficio de ser arquitecto

Jesús Armando Tovar Rendón

Es difícil entender a un arquitecto y más difícil pertenecer a su gremio. Recuerdo que cuando decidí estudiar la carrera fue por mi facilidad para dibujar, pero en esa época no entendía nada de lo que vendría tiempo después en mi vida. Estudiar para ser arquitecto es otra cosa. Es una carrera para valientes. Por fortuna con el paso de los años y gracias a la avalancha de proyectos profesionales fui aprendiendo poco a poco. A veces acertando y otras veces errando. Todas las habilidades necesarias de la profesión las fui adquiriendo con estudio y otras a golpe y porrazo, con regañones, con críticas agrias, con sarcasmos y hasta con lágrimas. Hoy los alumnos no quieren que sus profesores los toquen ni con la pluma de un ave. Para mejorar a veces necesitamos que nos regañen constantemente y eso a nadie le gusta. En la vida así son las cosas: muchas veces uno se encuentra en la orilla de la alberca y la mano sorpresiva de alguien nos empuja a nadar. Luego, ya en el agua, solamente nos queda patear para no ahogarnos.

Los arquitectos pasamos por un proceso de formación que es una verdadera prueba de sangre y de fuego. Recuerdo que lloraba sobre mi escritorio desesperado por no poder salir con mis amigos y quedarme muchas noches para hacer maquetas y planos cada tercer día durante los cinco años en la universidad. Tuve que adquirir una verdadera cultura de trabajo, cultura que hoy ha venido a menos por muchas razones, sobre todo porque vivimos en un mundo con muchos distractores. Me entristecía por no tener vida social y ese fue el precio que debí pagar a mis veinte, aunque luego me desquité con creces. Fue una época en la que la arquitectura fue mi novia, mi confidente, mi chaperona. Soñaba arquitectura, comía arquitectura, leía arquitectura, sudaba arquitectura. Sólo el trabajo era mi terapia y mi distracción. Trabajo excesivo y agotamiento físico además del mental. También fue hambre y amor por la excelencia. Corría el año de 1993 y la tecnología de los *renders* y los softwares de vanguardia todavía no invadía el mundo de la arquitectura. Todo era hecho a mano y con mucha pasión. La clave de todo era trabajar y aprender sobre la marcha. No lo sabía, pero aprendía un oficio, una forma de vida.

Mi carrera no es como otras en donde solamente es necesario estudiar y si no lo hacemos podemos aprobar el examen o el semestre por pura



El maestro Alberto Athié nos invita a unirnos como sociedad para dar seguimiento al cumplimiento a las 67 recomendaciones que la Comisión de Personas con Discapacidad de la ONU señaló a México en el año 2014. Dijo:

Que el universo de las personas con discapacidad se haga visible; 'hay que hacer un gran movimiento', salgan de sus casas, que nada los asilencie; incidan en educación, salud, cultura, educación, política... hagan una revisión y diagnóstico fuerte sobre las necesidades de su Estado ¿qué se necesita para que se reconozcan sus derechos humanos?

Hizo hincapié en que revivamos los valores de búsqueda común de la dignidad y el respeto; la unión, hacer equipo entre organizaciones de la sociedad civil, instituciones educativas, sector privado, medios de comunicación y gobierno; monitorear y dar seguimiento para que el Estado genere leyes y procedimientos justos, libres y democráticos, aprovechar los recursos tecnológicos actuales; hacer cabildeo internacional; escribir al Comité Internacional; hacer informes alternativos; invitar al Comisionado de la ONU.

Sobre los derechos humanos en general, dijo:

No olvidemos los errores, eso podría hacernos volver a repetirlos; debemos saber, denunciar, que el miedo no nos aplaste ni subyugue, es determinante en la defensa, protección e incluso en el cambio sustantivo de consignas y conductas que amenazan a nuestra humanidad.

Así que desde nuestros ámbitos de ocupación e influencia, manos a la obra.

los Derechos de las Personas con Discapacidad (2008). Este documento internacional propone una serie de ámbitos fundamentales para esta población, tales como: el respeto de la dignidad inherente, la autonomía individual, incluida la libertad de tomar las propias decisiones, y la independencia; la no discriminación; la participación e inclusión plenas y efectivas en la sociedad; el respeto por la diferencia y la aceptación de las per-

sonas con discapacidad como parte de la diversidad y la condición humanas; la igualdad de oportunidades; la accesibilidad y la igualdad entre el hombre y la mujer. Tal propuesta marca un cambio en el concepto de discapacidad, pues pasa de la preocupación en materia de bienestar social a una cuestión de derechos humanos, y reconoce que las barreras y los prejuicios de la sociedad constituyen en sí mismos "la discapacidad".



casualidad; en la arquitectura siempre se debe mostrar el trabajo realizado y explicarlo al detalle, venderlo y, sobre todo, apasionar. Esto último se me daba mucho ya que siempre he sido un cursi. Sé que lo anterior puede sonar poético pero más que poético fue para mí, muchas veces, una experiencia desgarradora, desgastante. La carrera fue como estar condenado a cinco años de trabajos forzados. Siempre me gustó hacer las cosas bien, pero ser un buen alumno en esta carrera convierte al aspirante en loco obsesivo, loco compulsivo y a veces hasta en sicópata. En el fondo deseaba que los profesores me exigieran o me criticaran ya que eso hacía que de mi interior saliera lo mejor, una arquitectura en formación, chispeante, candente, un verdadero volcán a punto de hacer erupción. Vivía una juventud en efervescencia.

Los grandes arquitectos están un poco chiflados y siempre había querido ser uno de ellos. En el fondo también estoy loco. Comencé por aprender a dibujar y luego aprendí a diseñar espacios, la esencia real del arquitecto. Luego adquirí otras destrezas y habilidades, como saber manejar las texturas, los colores, las formas, la estructura, el presupuesto. El oficio abarca mucho y debí aprender de todo. Tuve que abarcar mucho y apretar muy fuerte. Es un oficio diversificante, más que especializado. Luego entendí que el mejor arquitecto es como el mejor director de orquesta: lleva el tiempo, el ritmo y la fuerza de inspiración, es el líder al que hay que seguir. El arquitecto debe ser un profesional incansable y siempre estar atento a lo que sucede o lo que puede suceder. Es profeta, es visionario. Todo esto me

fue enganchando irremediabilmente. Después de comenzar haciendo planos para proyectos que frecuentemente mis profesores me rayaban o me destruían sin remedio gracias a sus acertadas correcciones, aprendí a ser yo, el nuevo arquitecto en potencia que vivía realmente dentro de mí. Cuando uno es joven el orgullo no nos deja respetar a los profesores y con el tiempo nos damos cuenta de que durante la carrera no sabíamos nada y queríamos mandar en el proceso de aprendizaje. La lección aquí es que debemos de estar abiertos a absorber todo conocimiento con humildad. Esta humildad la veo poco presente en las aulas universitarias. La humildad nos puede llevar rápidamente a la maestría en cualquier ámbito del conocimiento humano. No nos damos cuenta de su alto valor. Tratamos de absorber todo y de todos a través de todos los sentidos.

Siempre fui ratón de biblioteca. Por ejemplo, recuerdo que sacaba copias de todos los libros que me gustaban de la biblioteca de la escuela y me las llevaba para leerlas en casa; ya traía el gusanito de la lectura frecuente de temas adicionales a los programas educativos. Toda la información la devoraba enseguida. Leía en cualquier parte y a toda hora. Estudié la carrera de arquitectura formalmente y además fui autodidacta en muchos campos relacionados con ella, costumbre que tengo hasta el día de hoy. El arquitecto, como cualquier hombre, nunca debe dejar de aprender, pues el hombre que deja de aprender está muerto. La actualización es un imperativo de nuestra profesión y de todas.

Planos, maquetas, relieves, esculturas, poemas, ensayos, todo lo vimos y lo analizamos durante la carrera de arquitectura. El arquitecto es un soldado que nunca debe rendirse. Es un soldado que quiere ser comandante y que muchas veces ni parque tiene para la guerra, pero tiene que disparar. La lucha es diaria: la compra de materiales de calidad y los pagos de colegiaturas en tiempos de crisis económica, el intercambio de ideas, la búsqueda de ayuda con los compañeros o la petición de constantes consejos a los mejores profesores a deshoras, todo es formativo. La arquitectura ya no era un ente extraño, ya había pasado a ser parte de mi vida y nunca me ha vuelto a soltar. Finalmente, uno empieza a hablar como arquitecto, vestirse como arquitecto, comportarse como arquitecto, proyectar como arquitecto, fastidiar como arquitecto. La gente nos ve raro y hasta puede preguntar a nuestros padres: “¿Qué le ha pasado a tu hijo?”

La carrera nos va comiendo como si de un monstruo hambriento y feroz se tratara. Realmente lo es. Luego nos

enamoram de ella y se vuelve una pasión incontrolable. Pasión por descubrir, pasión por leer, pasión por viajar, pasión por soñar, pasión por charlar, pasión por aprender todo lo relacionado con la arquitectura para finalmente convertirla en la esposa ficticia. Por eso siempre les digo a mis alumnos o colegas que no cualquier mortal estudia arquitectura, solamente los que tienen pasta de campeón. Acabar arquitectura es como ganar una medalla para México en las olimpiadas. Muchos se quedan en el camino. Recuerdo que en primer semestre entramos cerca de 120 alumnos y cinco años después nos graduamos menos de treinta. Hoy tal vez solamente la quinta parte de ese total ejercemos la carrera realmente. El arquitecto es como el alpinista que llega a la cima del Everest. La carrera va decantando y forjando a las personas para dejar solamente a las más aptas para sobrevivir, ésas que son todo terreno.

Yo descubrí mi vocación de arquitecto recorriendo el camino sin profundos exámenes previos, solo tomé el camino que me gustaba más desde los doce años de edad. Pero no fue nada fácil, y muchas veces quise tirar la toalla. Sigo agradeciendo a Dios por permitirme ser arquitecto y elegir el camino correcto. Sigo locamente enamorado de mi carrera. La arquitectura, más que una carrera, es pues una vocación. Con los años también entendí que es un oficio en el que debemos prepararnos constantemente para mantenernos competitivos. La sociedad ya no merece tener arquitectos *light* o de segunda. Los verdaderos arquitectos deben saber y aprender de todo: arte, literatura, pintura, escultura, cultura, identidad, historia, textiles, texturas, asoleamiento, vientos, humedad, color, urbanismo... El arquitecto debe aspirar a ser un profesionalista culto. Esto fortalece

su capacidad de convencimiento. Todo este conocimiento, más la acumulación de experiencia que dan los años, hace de un excelente arquitecto algo similar a lo que sucede con los vinos: entre más viejo es mejor; entre más añejado es mejor; entre más experimentado sea el arquitecto, realizará mejores proyectos y esto ha sido comprobado completamente. El arquitecto es un poeta y un creador de espacios además de un profesional que se apoya en diversos campos de la técnica. Cada arquitecto desarrolla su propia visión para resolver los problemas que se le presenten en el día a día. El arquitecto no es mero constructor como casi todos piensan, es un verdadero creador de libros construidos, de espacios llenos de significado. La diferencia entre un constructor y un arquitecto es el concepto. Conceptos que son el alma de cualquier proyecto y que tocan lo mejor del arte que conmueve hasta las lágrimas. La arquitectura es una expresión cultural. Me gusta decir que la excelencia debe ser nuestra meta desde el punto de vista profesional y siempre hay que buscarla, pero me gusta más la definición poética de mi amigo Fernando González Gortázar (Premio Nacional de las Artes de México): “El fin último de la arquitectura es brindar felicidad”. Nada mejor que una definición breve y al grano. Nuestros edificios y nuestras casas deben de hacer felices a todos sus habitantes. La arquitectura no debe de satisfacer nuestros egos (que en el caso de los arquitectos hay unos muy grandes). La arquitectura debe ser vista como una promesa de felicidad.

Me gustaría ser uno de esos arquitectos que pudieran hacer felices a sus clientes con propuestas no del todo innovadoras o basadas en una moda pasajera, sino ser parte de una arquitectura

# Las aspas o el remolino del tiempo

Fernando Fabio Sánchez

El filme *Dunkirk* (2017) de Christopher Nolan es una revelación sonora y narrativa. La cinta histórica cuenta los episodios ocurridos en la costa francesa, cuando los ejércitos alemanes habían cercado a los aliados y, desde la ciudad de Dunkirk, las tropas inglesas debían regresar a su patria en mayo de 1940. Había más de 400 mil soldados que intentaban escapar. Por agua, por cielo y por tierra los nazis atacaban las playas y los botes que se aventuraban cruzar el Canal de la Mancha. Salvar la vida era ya un triunfo, aunque no iba a ser tan fácil.

Dice el director que, a la hora de escribir el guion, decidió narrar los acontecimientos desde la perspectiva del presente; es decir, utilizó una estrategia en la cual los personajes sólo conocen lo que va ocurriendo en el instante, sin conciencia de las historias que se desarrollan paralelamente y sin tener idea de lo que está predestinado a ocurrir. De esta manera, Nolan dramatiza la experiencia de un ser humano que se enfrenta a las fuerzas naturales y bélicas sin previo aviso y con su sola capacidad de reacción.

A un nivel de arquitectura narrativa, Nolan nos presenta una variación de los filmes cubistas. Un ejemplo de este tipo de cintas es *El callejón de los milagros* (1985) de Jorge Fons, en el cual se narra el mismo periodo de tiempo desde tres perspectivas distintas y de forma separada. El inicio de cada capítulo es el mismo y después se elabora la historia de uno de los personajes específicos. Hay momentos en que coinciden los hechos durante el episodio, y la cámara toma una posición distinta a la del relato paralelo anterior, de manera que obtenemos una mirada múltiple, cubista, de los espacios, los acontecimientos y el punto de vista de los personajes. Otro ejemplo es la también mexicana *Amores perros* (2000) de Alejandro González Iñárritu.

Pero parecería que *Dunkirk* no parte de esta estrategia, pues su efectividad como filme de acción se basa en la sorpresa. Ésta surge de un desorden aparente, que a su vez pone en escena el sentido de desorientación de los personajes, que se vuelve el del espectador: el público también busca salvarse, sumido en aquella fragilidad ante los elementos, rodeado de aviones bombarderos, tiradores agazapados y efectivos submarinos; en un momento se tiene esperanza, navegando hacia el puerto añorado y, en otro —sin ni siquiera un aviso—, el agua y el fuego están por todos

de verdad: sobria, elegante, atemporal, conceptual, bella. Crear la verdadera arquitectura es difícil en un entorno desfavorable como el nuestro, pero es posible. Antes hay que ver mucho, estudiar mucho y empujar mucho.

Hoy los jóvenes estudiantes y arquitectos se dejan llevar por la arquitectura de la “ilimitada ostentación”, por una arquitectura invadida por el marketing, la moda y la frivolidad. Se dejan llevar por el ruido y las pocas nueces, la arquitectura como pasarela, como si fuera un producto inhumano, frío y vil, así que lo mejor es ir en dirección contraria. La arquitectura de peso tiene alma, espíritu y es inolvidable. Sólo reflexionemos un poco y pensemos en edificios o casas que nos hayan emocionado profundamente, francamente son muy pocas las que uno puede visitar en la vida con esa cualidad. La arquitectura está presente muy pocas veces en nuestra vida cotidiana. ¿Por qué? Reflexiona. Realmente vivimos en una realidad en donde la arquitectura es un artículo de lujo cuando debería de estar presente, con o sin recursos, en todos los ambientes de la vida de las sociedades actuales. La arquitectura nos da la felicidad que necesitamos en un mundo lleno de caos y de fealdad cada vez más generalizados. Además de lo anterior, los arquitectos debemos aspirar a hacer más proyectos sociales que resuelvan los problemas que tenemos en las ciudades y que son ya muchos. El arquitecto debe dejar de ser una vedette y convertirse en un hombre o una mujer profundamente sensibles hacia su entorno y tratar de cambiarlo radicalmente.

Hoy más que nunca los valores y la ética en nuestra profesión son también fundamentales. La formación humana y espiritual son también sin duda salvavidas para el arquitecto. Se necesitan

arquitectos más humanos y mejores profesionales, y de la mano de una seria y exigente formación académica debemos aspirar a adquirir una formación espiritual exigente. La sociedad necesita de arquitectos formados integralmente. Nuestras sociedades están sufriendo por la generalizada *ignorancia* espiritual que nos puede llevar a ser profesionistas incompletos, mochos. Así pues, la formación de arquitectos no se debe fundamentar sólo en lo académico. El título de licenciatura ya no es suficiente y diría que el de maestría tampoco. Para esto la formación integral es de vital importancia. Un arquitecto con formación en valores siempre podrá aspirar a ofrecer lo mejor de sí a la sociedad.

Por otro lado, esta aventura que fue estudiar arquitectura finalmente nos lleva a madurar y a entender que la vida no es nada fácil. Todo en ella es sacrificio. El arquitecto se forma intensamente con profesores buenos y malos. Debemos tomar solamente lo bueno de ellos e incluso, si podemos, superarlos, ese es el reto. Pero yo me quedo con los profesores inolvidables que casi siempre fueron los más exigentes. Esos que te enseñan siempre, que te aconsejan frecuentemente, que son casi como tus padres, esos profesores a los que nunca se les paga lo que se debe y que aman lo que hacen. Esos que realmente nos quieren aunque nunca nos lo digan. Esos que por su inspiración y por su impulso nos han llevado a insospechadas alturas. Finalmente viene la graduación y nos topamos de frente con la dura realidad. El aprendizaje fue doloroso y la vida profesional es una lucha muchas veces más complicada que la vida universitaria. La vida real es esfuerzo y alegrías, esfuerzo y decepciones, es la vida misma.

La arquitectura, al ser una de las

últimas profesiones generalistas puede desarrollar diversas actividades. La profesión está llena de oportunidades. Para los gustos de la arquitectura el hambre de aprender no termina con la universidad, la graduación apenas es el comienzo de una etapa para llegar a ser un mejor arquitecto, un excelente arquitecto. La sociedad desconoce mucho todo lo anterior. La arquitectura compete a todos desde el momento en que dormimos en una casa, no sólo les compete a los arquitectos, a especialistas. Por eso debemos de tenerla más presente en nuestras vidas si queremos tener un mejor nivel de vida y de esto también depende nuestra felicidad. Nuestra sed de belleza puede ser saciada en la fuente donde mane arquitectura. Vivimos en ciudades que necesitan urgentemente de arquitectos y ciudadanos de primera categoría, si tuviéramos esa sola aspiración deberíamos de tener mejores obras en el presente y el futuro. Debemos además de revalorar el oficio del arquitecto que tanto amamos los que nos dedicamos a esto. Un oficio que es fundamental para el rescate de nuestras ciudades hoy tan denigradas. La arquitectura puede ser la plataforma del cambio que tanto necesitamos.

Por eso los arquitectos debemos saber que nuestro presente y futuro radica en la actitud que tomemos ante la vida, en trabajar intensamente y vencer siempre el desánimo. El optimismo se vuelve arma poderosa para salir adelante ante cualquier obstáculo. Debemos esforzarnos por seguir buscando oportunidades, nuevos proyectos, nuevos negocios y nuevos contactos para el bien común. Por lo tanto, el arquitecto merece ser más valorado por la sociedad gracias a su amplio abanico de posibilidades y, sobre todo, porque persigue el noble objetivo de hacernos felices con su trabajo.

## Fernando Fabio Sánchez

(Torreón, Coah., 1973) es profesor de estudios literarios y cinematográficos en California Polytechnic State University. Obtuvo el Doctorado en Letras Latinoamericanas en the University of Colorado en Boulder. Su línea principal de investigación ha sido, hasta el momento, el concepto de modernidad y sus diferentes relaciones con la literatura, el nacionalismo, la violencia y la cultura visual en el México post-colonial. Ha publicado libros de poesía y narrativa, así como textos diversos de crítica y periodismo. En el 2010 publicó *Artful Assassins: Murder as a Art in Modern Mexico* (Vanderbilt University Press) y coeditó *La luz y la guerra: el cine de la Revolución Mexicana* (Conaculta, 2010). Prepara un estudio sobre la filmografía de Felipe Cazals y el documental *Desobediencia. Algo sobre la muerte, algo sobre la vida, antes del fin del mundo*.

fernandofabiosanchez@gmail.com

lados. El sonido del filme es envolvente. Contribuye a construir este sentido de extravío y de vulnerabilidad.

Mas hay un orden detrás de la apariencia de caos. El filme desarrolla tres líneas narrativas independientes. 1) Están los soldados que intentan escapar de Francia; 2) los tripulantes civiles de un bote que zarpa de Inglaterra hacia el campo de batalla; 3) los tres pilotos en sendos aviones que parten también hacia Dunkirk para proteger a los compatriotas en retirada. Estas tres líneas narrativas se bifurcan, presentando a su vez problemas dramáticos y su resolución (estos episodios siguen también diferentes reglas de género; por ejemplo, las del melodrama, lo cual enriquece esta

ramificación temporal). Estas avenidas en apariencia inconexas fluyen, no obstante, hacia un punto de convergencia.

Ese es el momento en que presenciamos una realidad desde varios puntos de vista. Los personajes, que desconocen lo que ocurrirá en el próximo segundo—al igual que el espectador—, descubren de pronto que su narrativa ve de frente a otra narrativa que también está a punto de llegar. En este centro se reúnen las tres narrativas principales (los soldados que buscan salvarse, los civiles en el bote y los pilotos), como si fuera cada una el aspa de un reguilete (siguiendo una curvatura temporal que se hunde como en un remolino). Allí se ofrece el conocimiento que tanto han buscado los

personajes y el espectador. Saben que su destino ha llegado a cumplirse porque otros sujetos, en otro momento, cruzaron cielo, mar y tierra (literalmente) para también llegar al cumplimiento de su destino. En este instante, el filme se mira a sí mismo, y las partes se acomodan en su lugar, revelando la genialidad arquitectónica de un todo deliberadamente calculado.

*Dunkirk*—así— desmonta la historia como un concepto monolítico, y la lleva al nivel de la experiencia subjetiva, donde alcanza a cifrarse el valor de la vida humana y la solidaridad entre hermanos. Recomiendo efusivamente esta película. Si es posible, véala en una sala de cine.

## Píntalo de negro

Daniel Salinas Basave

**P**íntalo de negro, cantan los Rolling y sin importar cuántos años transcurran la roleta irremediamente me prende y me pone arriba.

*Píntalo de negro* suena a enunciado imperativo. ¿Cuál es el momento exacto en que decido tomarles la palabra a sus Satánicas Majestades? Yo mismo lo ignoro. *Veó una puerta roja y la quiero pintar de negro*. Podría decir también que estoy escribiendo una historia incolora y de pronto, como no queriendo mucho la cosa, empieza a tomar un color oscuro, una tonalidad sombría que sin decir *agua va*, degenera en un descarado prieto azabache. *Blacker than Darkness*. ¿La negritud es una decisión consciente? No lo creo, o al menos no en mi caso. La narrativa toma su propia vereda y de pronto uno repara en que esos párrafos furtivos se engalanan con su falda de tinieblas.

Si le hacemos caso al canon estaremos de acuerdo en que para poder pintar de negro una narración debemos necesariamente embarrarla de lo sórdido y lo marginal, lo mórbido y lo violento. Resolver un crimen perfecto y diseñar una inteligentísima teoría de habitación cerrada con su respectivo mayordomo elegante y la seductora viuda fatal se lo podemos dejar a Agatha Christie. Si el asunto es empaparse de Noir a lo Chandler o *Hardboiled* a lo Ellroy entonces basta con sumergirse en los puercos fondos de una urbe sanguinaria y corrupta en donde el hampa vive en indigno amasiato con la policía y algo sé yo de una ciudad así. Al momento en que escribo estas palabras, en la agonía de la primavera 2017, se han cometido en Tijuana más de 650 asesinatos en apenas cinco meses. Ello arroja un promedio de cuatro homicidios por día. Si este promedio se mantiene (y la macabra tendencia apunta al incremento) mañana serán asesinadas cuatro personas en esta ciudad. Cuatro personas que en este momento respiran, hablan, piensan, beben, cogen, roncan, sueñan y mañana ya no lo harán. Cuatro personas detrás de las cuales hay una historia, un camino de vida que los llevó hasta esa trágica encrucijada. Si la ciudad ha sido por definición mi territorio narrativo, tengo sólidas razones para poner en duda si por ventura sería posible utilizar a la Tijuana actual como escenario de una narración y no pintarse de negro. No es fácil eludirlo cuando el Noir es nuestro costumbrismo. La novela negra

### Daniel Salinas Basave

(Monterrey, Nuevo León, 1974). Es un lector que se ha ganado la vida como reportero. Todo lo demás ha llegado por añadidura. Es autor de los libros *Vientos de Santa Ana* (Literatura Random House 2016. Finalista Premio Mauricio Achar); *Días de whisky malo* (UANL. Premio Nacional de Cuento Gilberto Owen 2014); *Dispárenme como a Blancornelas* (Nitro Press-ISC. Premio Regional Cuento La Paz 2014); *El lobo en su hora. La frontera narrativa de Federico Campbell*. (Cecut-ICED. Premio Bellas Artes José Revueltas 2015) *Bajo la luz de una estrella muerta* (FOEM. Premio Internacional Sor Juana Inés de la Cruz 2015). *La Liturgia del Tigre Blanco* (Océano 2012); *Cartografías Absurdas de Daxdalia* (Cecut 2013), entre otros. [anibasave@hotmail.com](mailto:anibasave@hotmail.com)





en la Tijuana actual se emparentaría con las postales de lo cotidiano, un ritual de *happening* puro.

Chandler mismo tiene su propio decálogo en donde habla de verosimilitud, solidez, realismo, sencillez y honestidad. Podría inventar una historia y decir que sobre mi mesa de trabajo (que es la mesa del comedor de mi casa) hay un retrato de Marlowe con un par de veladoras encendidas y que antes de liberar cada párrafo le pido ilumine mi negro camino narrativo, acaso porque nunca en la vida me he sentado a escribir habiendo diseñado a priori un plan para redondear un Noir perfecto.

En 2016 publiqué una novela cuyo origen fue literalmente una página negra. Desde hace casi tres décadas, semanario *Zeta* publica en Tijuana un desplegado en donde el periodista Héctor “El Gato” Félix Miranda, asesinado en abril de 1988, le habla en primera persona a Jorge Hank Rhon, el presunto autor intelectual de su muerte. La página es

siempre de color negro y el periodista lanza una pregunta acusatoria: *Jorge Hank ¿Por qué me asesinó tu guardaespaldas Antonio Vera Palestina?* Desde que vi por vez primera esa página intuí que ahí había una novela. Lo que me inspiró fue la idea de un muerto que se niega a morir y como fantasma aparece desde su página oscura para señalar con el dedo al poderoso multimillonario que pudo haber ordenado su crimen. También me movió la idea de enfrentar las dos verdades que como designio fatal suelen emerger en torno a los grandes escándalos criminales en México: la verdad legal de los tribunales y la verdad no oficial de la calle. En cualquier historia mexicana de horror —sea Tlatelolco, Colosio o Ayotzinapa— hay una verdad judicial en la que nadie cree y una verdad callejera que todos masticamos en cafés y cantinas.

En mi novela *Vientos de Santa Ana* le tomé la palabra a un grandísimo colega llamado Federico Campbell y seguí al

pie de la letra lo escrito en su columna *Máscara negra: Pensé entonces que, a falta de una novela realista que refiriera estas cosas, el periodismo negro de nuestro fin de siglo bajacaliforniano era el que mejor podía traducir ese mundo siniestro, deprimente y estremecedor que tanto ha venido a perturbar nuestra convivencia. La verdad sólo puede refugiarse en el libro, en un periodismo novelado que, aún sin emplear nombres propios de personajes reconocibles en el teatro de nuestra criminalidad, aproveche la densidad de las 200 páginas y todos los recursos de la narrativa literaria para aspirar a una verdad más profunda y no alcahuetear la verdad sucia de los abogados y jueces: “la verdad conocida y la verdad que se busca”.*

Creo que este párrafo del gran Federico explica y define los cimientos de mi novela como si se tratara de una declaración de principios.

A veces un mensaje o un símbolo son la semilla de la narración. Durante

un periodo particularmente violento de la historia de Tijuana, la mafia solía mandar coronas fúnebres a las casas de las personas que iban a ser ejecutadas: policías, abogados o simples soplones recibieron flores antes de morir, lo que inspiró mi relato *Corona de muerto*, en donde un apocado juez municipal auxiliar encuentra un arreglo funerario con su nombre en la puerta de su casa.

Todo el entorno laboral del pobre juez lo sabe condenado a muerte y a nadie siquiera le pasa por la cabeza que pueda sobrevivir. La única duda es cuándo y cómo morirá. Guardando la abismal proporción debo admitir que *Crónica de una muerte anunciada* de García Márquez y *El proceso* de Kafka fueron mis guías espirituales para conformar la escritura de ese relato que al final se pintó de negro profundo.

¿De dónde vienen las ideas? De los lugares menos pensados. El centro neu-

rálgico de mi relato *Muerte accidental de un pasquero* lo soñé con mórbida claridad. En mi sueño, yo investigaba la extraña muerte de un viejo gaceticillero sonoreense cuya biografía estaba escribiendo, aunque a la hora de narrar su final ocultaba deliberadamente una verdad que sólo yo poseía. Al despertar supe que escribir esa historia era una manda. Nunca antes ni después he vuelto a tener un sueño así en donde un relato me es revelado. Si tuviera sueños así más a menudo ya habría publicado más novelas que Mankell.

También he escrito otras ficciones que bien podrían ser consideradas el antirrelato negro, un descarado reverso, como es el caso de *Dispárenme como a Blancornelas*, donde un reportero de nota roja sueña con pasar a la historia como un mártir del periodismo, pero como ningún mafioso parece sentirse ofendido con lo que escribe y nadie se

toma la molestia de matarlo, entonces él decide ordenar su propia ejecución. Por cierto, uno de los personajes principales de ese relato, un fotógrafo con complejo de cantante de narcocorridos, fue calca-

do de la realidad. A veces la misma narrativa negra como género puede inspirar un relato, aunque paradójicamente su estructura no sea la de un Noir. Tal es el caso de *La Reina de los Hielos en Maclovio Herrera*, que es un homenaje satírico al fenómeno del Noir escandinavo del que he sido un apasionado lector. En ese relato imagino que una hipotética Camilla Lackberg recorre las calles de Ciudad Juárez con un reportero local de pasquín policiaco. Siempre me ha llamado la atención que una de las regiones con menor tasa criminal del mundo sea una de las mayores productoras de novela negra. En un pequeño municipio como Rosarito, Baja California, matan más



gente en un año que en los cinco países escandinavos juntos.

Claro, no siempre las calles que pateo son las inspiradoras de mis relatos. Algunas veces he escrito sobre entornos que hasta ahora no he visitado. Uno de mis sueños postergados es visitar los Balcanes, pero antes de que mis mochileros pasos me lleven a Belgrado y a Zagreb, mis párrafos prófugos ya se fueron de paseo a la Serbia criminal, en donde inventé a Predrag Jerkovic, un aficionado radical del Estrella Roja cuya máxima emoción en la vida es repartir puñetazos a los hinchas de equipos rivales hasta que alguien pone un AK-47 en su mano y de ser un borracho de estadio se transforma en verdugo de un comando paramilitar. En mi novelita balcánica, llamada simplemente *Predrag*, la historia real de un escuadrón de exterminio llamado Tigres de Arkan inspiró la creación de un personaje ficticio cuya carrera criminal narro a la par de hechos históricos de la guerra yugoslava.

¿Hay algún objeto o suceso que dispare las ideas? Podría hablar de inspiraciones recurrentes, destellos de infiernos individuales que emergen como aletas en la altamar de la vida cotidiana. Una mirada, un sonido o un olor pueden anunciar la presencia de un mundo paralelo que preferirías no conocer. Hay quienes como Chandler, Camilla Lackberg o P.D. James han compartido decálogos de escritura. Acaso desde mi humilde trincheras me sea dado improvisar una hipotética galería de la negra inspiración, un catálogo de situaciones e ideas sembradoras de semillas que en una duermiveela cualquiera pueden hacer germinar para producir algún mórbido fruto Noir.

1. *La omnipresencia de la muerte*. La muerte siempre ha estado ahí, blanca, en la silla, con su rostro. La



puedes ubicar en la primera página de *El luto humano* de Pepe Revueltas o en el más alegre y ñoño de tus días y la única certidumbre es que la par-

ca estará ahí, caminando a tu lado muy cerquita, siempre a punto de tocarte el hombro. En mi caso, la omnipresencia de la muerte como única compañera es

el disparador no solamente de las historias negras, sino de cualquier forma de creación literaria.

2. *El permanente enfrentamiento entre dos verdades*. El crimen de alto impacto o el crimen político suelen transformarse en una serpiente bicéfala que arroja una parca verdad oficial estructurada en lenguaje leguleyo y una verdad callejera que a menudo se bifurca en infinitas leyendas. Cuando el periodismo topa con la pared de un expediente cerrado, entonces brota la negra fábula como única ruta de escape.

3. *La intuición de infiernos individuales a través de las miradas*. Dedicar un par de segundos a leer la mirada de un extraño en un lugar público. Demasiados ojos son ventanas donde asoman aversos interiores. Los seres en apariencia más ordinarios e insulsos ocultan espeluznantes historias. A veces me basta la expresión de un rostro en la fila de un supermercado para dimensionar el horror en estado puro.

4. *El fluir de ríos subterráneos*. El crimen siempre está ahí, a la vuelta de la esquina. Algunas veces se manifiesta con desparpajo, pero lo común es que fluya como un río subterráneo, un abismal hoyo negro yacente bajo una delgadísima capa de hielo siempre a punto de romperse. Muchas veces en tu vida has pasado afuera de una casa de seguridad donde un secuestrado aguarda la mutilación o la muerte o te cruzas en la calle con el hombre que será ejecutado esta noche o acaso con su ejecutor.

5. *La eternidad del altar sacrificial*. Aún en la época más maquinal y utilitaria donde todo parece supeditado a los designios del mercado y la tecnología, pervive un primitivo y oscuro impulso ceremonial. Sergio González Rodríguez

dimensionó como nadie el sentido ritual de no pocos crímenes. El segar una vida no es solamente un acto con fines prácticos, sino un ritual de sacrificio, un símbolo, una liturgia de sangre. No basta con eliminar; cada crimen es en sí mismo una liturgia. Nada errado andaba De Quincey: el asesinato es una de las bellas artes.

6. *El criminal que vive en nosotros*. No existe vacuna o conjuro que nos inmunice contra nuestros demonios interiores. Ante determinada alineación de quiebres, derrumbes y circunstancias tú mismo puedes ser el abominable criminal a quien tanto temes. Hay miles de potenciales monstruos que no tuvieron un escenario propicio para brotar. Otros se quedaron en el daño que pudieron causar con una navaja porque nadie puso en sus manos un AK-47. En cualquier caso esas bestias yacen en todas partes. Tú o yo podemos perfectamente ser una de ellas.

7. *La pérfida y caprichosa aleatoriedad*. Demasiados crímenes se han consumado por casualidades fatales, por estar, como tantísimas veces ocurre, en el lugar y momento equivocados. La aleatoriedad se viste a menudo con su traje de infierno. Dos minutos de más o de menos en tu ruta habitual, un pequeño olvido que te hace regresar a casa y retrasarte, tomar una calle por error, confundir una dirección, perder un avión, consumir una acción absurda. Como en la película *Corre, Lola*, el día a día está atiborrado de casualidades y muchas de ellas tuercen o deciden el destino de una vida. Esos caprichos suelen inspirarme a pintar de negro.

8. *La tiranía de un destino hostil*. Aunque a la hora de las creencias me declaro partidario de la aleatoriedad pura, confieso que a veces cuesta horrores no

creer en el destino, en una irrenunciable fatalidad de tragedia griega marcando cada uno de nuestros pasos. La escena más simple, tierna e inocente de nuestra vida adquiere una tonalidad macabra cuando sobre ella se posa la sombra del infortunio. Hagas lo que hagas no podrás escapar a tu destino. Como en las escenas de Danzas de la Muerte popularizadas en el Medioevo tardío, la sombra fatal te acompaña cuando das rienda suelta al hedonismo. Esa fatalidad también me inspira.

9. *La omnipresencia de los fantasmas*. En una ciudad como la mía, donde el crimen ha sembrado de anécdotas cada punto de la cartografía urbana, todos los días cruzas el puente peatonal del que hace un año colgaba un hombre o giras en la esquina donde hace poco ejecutaron a alguien e identificas en el pavimento la tonalidad de los manchones de sangre. Nuestras calles son museos del horror pobladas por fantasmas, surcadas por ríos de aguas negras donde flotan cadáveres, periféricos baldíos donde se pudren osamentas. Alguna vez dormiste en la habitación de hotel de un suicida y posaste tus suelas sobre una fosa clandestina. Los fantasmas están en todas partes y a veces les da por hablarte al oído.

10. *El abismal vacío del hoyo negro*. En la mente humana, como en el Universo, hay agujeros negros cuya existencia es inexplicable y cuya profundidad no alcanzamos a dimensionar. Aunque un psiquiatra pueda decir lo contrario, la mente no obedece a designios de ciencia exacta y a veces atraviesa una suerte Triángulo de las Bermudas en donde naufraga y se pierde para siempre. Me seduce la idea del quiebre repentino, del apagón inesperado, del desdoblamiento sin advertencia de nuestros demonios; tan tercos y omnipresentes, tan fieles compañeros.



# Adolfo Pérez Zelaschi y el orangután sospechoso

Gerardo García Muñoz

Los estudiosos Jorge Laforgue y Jorge B. Rivera establecen en el libro *Asesinos de papel* las coordenadas históricas del relato policial en la Argentina. En él, rebaten la tesis propuesta por Rodolfo Walsh, quien en el prólogo de su antología titulada *Diez cuentos policiales argentinos* afirma que *Seis problemas para don Isidro Parodi*, escrito al alimón por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, es el primer volumen de cuentos policiales en castellano. Según Laforgue y Rivera, el primer texto del género policial producido en Argentina es “La pequisa”, de Paul Groussac, publicado en 1897. Otros ejemplos de la época prehistórica son “El triple robo de Bellamore”, de Horacio Quiroga; “La bolsa de huesos”, de Eduardo L. Holmberg; “Los vestigios de un crimen” de Vicente Rossi. Durante la década de los treinta del siglo anterior, aparecen las primeras novelas policiales influenciadas por el modelo clásico inventado por Arthur Conan Doyle y Agatha Christie: *El enigma de la calle Arcos* (1932), aparecida bajo el seudónimo de Saúl Lostal, y que el escritor Juan Jacobo Bajaría la atribuye a Borges, y *El crimen de la noche de bodas* (1933), también de autor incierto. *Con la guadaña al hombro* (1940), de Abel Mateo, y *Las nueve muertes del padre Metri* (1942) representan los primeros volúmenes de cuentos policiales, en los cuales es notable la influencia del escritor inglés Gilbert Keith Chesterton y su creación detectivesca, el padre Brown. Durante el “periodo clásico”, comenzó la carrera del prolífico autor Adolfo Pérez Zelaschi (1920-2005). Los títulos de su producción policial abarcan la novela *El caso de la muerte que telefona* (1966), los volúmenes de cuentos *Con arcos y ballestas* (1967), *Divertimento para revólver y piano* (1982) y *c* (1989). Fruto de su imaginación creadora es el comisario Leoni, quien resuelve enigmas históricos del pasado argentino que han permanecido irresueltos, como sucede en “El misterio de la muerte del capitán Robles”, “El caso del Callejón de las Tunas”, y “El caso de la suerte de Martín Fierro”. Otra vertiente elaborada por Pérez Zelaschi es la creación de acertijos ingeniosos que la mente analítica y perspicaz el detective Leoni desmonta y clarifica, como sucede en los cuentos “Los crímenes van sin firma”, “El caso de la callada muerte”, “El caso de “El Emperador”, y “El caso del orangután malabarista”, texto paradigmático por su genealogía literaria, incluido en el volumen *Mis mejores cuentos policiales*.

## Gerardo García Muñoz

(Torreón, Coah., 1959). Ha publicado libros y artículos sobre Adolfo Bioy Casares, Augusto Roa Bastos, Julio Ramón Ribeyro (Ibero Torreón, 2003), Salvador Elizondo y Guillermo Samperio. Su libro *El enigma y la conspiración: del cuarto cerrado al laberinto neopolicíaco* (Universidad Autónoma de Coahuila, 2010) explora la ficción policiaca en México. Editó junto con Fernando Fabio Sánchez el volumen de ensayos *La luz y la guerra: el cine de la Revolución Mexicana* (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010), que analiza desde diferentes ángulos críticos la representación cinematográfica del movimiento armado. Fue maestro de la Ibero Torreón y actualmente da clases en la Prairie View A&M University (Texas) [marcial2059@yahoo.com](mailto:marcial2059@yahoo.com)



La dedicatoria “A la memoria de Edgar Allan Poe” y el propio título remiten a la matriz de la ficción policial: “Los asesinatos de la Calle Morgue”, aparecido en 1842, donde, como se sabe, el perpetrador del doble crimen es un orangután que mata a un par de mujeres en un París inventado por la imaginación del escritor estadounidense. En “El caso del orangután malabarista”, la víctima es el dueño de un canal de televisión bonaerense, y el principal sospechoso del ilícito es un orangután amaestrado. En la literatura argentina, la figura del animal como protagonista tiene el antecedente notable del cuento “Izur”, publicado por Leopoldo Lugones en el volumen *Las fuerzas extrañas*, aparecido en 1906, y que se focaliza en los intentos de un científico para enseñar la facultad del lenguaje a un mono. Según el crítico Howard Fraser, Lugones emprende una crítica de las deficiencias del discurso científico. Otro ilustre precursor es el cuento de Roberto Arlt “La venganza del mono”, cuya temática se centra en un ladrón que mata a un usurero con un rifle de mira telescópica. Cuando penetra en la habitación del muerto, el asesino se topa con un mono, quien se apodera de

su galera (especie de sombrero) donde están impresas sus iniciales. La persecución concluye con la muerte del asesino que cae al vacío. El mono no comete ningún delito, el hombre muere por su propia torpeza. En la literatura europea, el cuento “Informe para una academia” de Franz Kafka, tiene por protagonista a un mono que se transforma en humano.

El cuento “El caso del orangután malabarista” ridiculiza la “humanización” de los animales difundida a través de los medios masivos de comunicación. El orangután Pocky ha desarrollado la habilidad de lanzar proyectiles contra siluetas humanas. Sus habilidades son proyectadas en un programa de televisión que admira la destreza del orangután asesino. Pérez Zelaschi comienza el cuento cuando el crimen ya se ha cometido (un rasgo característico del relato enigma de la época clásica). La víctima es el dueño del canal de televisión, Carlos Manllet. La biografía sucinta del asesinato revela una personalidad egoísta y abyecta, proclive a humillar a sus subordinados, y que lleva una vida privada en donde impera la soledad: “se lo odiaba como a un cruel y frío demonio que despreciaba a

la humanidad entera”. El narrador anota que el hombre murió en “circunstancias extraordinarias como las que planean los fabuladores policiales”, ataque sesgado a los escritores que buscan soluciones alejadas de la racionalidad. El narrador enumera las circunstancias extraordinarias del asesinato. Desde su lógica racional, los hechos aceptados por la policía son incongruentes y absurdos. Los datos falsos apuntan a destruir la versión oficial del crimen: el proyectil (un rulemán de acero, una especie de balero para automóvil) había herido el parietal del blanco. ¿Cómo pudo lanzarlo el orangután? La oficina de Manllet contiene las características del cuarto cerrado, uno de los artefactos del relato policial clásico, de donde afirma Borges en su ensayo “El cuento policial”: “Nadie puede entrar o salir sin ser visto”. En *El último lector*, Piglia anota un momento fundacional del género policiaco: “Los asesinatos de la calle Morgue” suceden en el cuarto cerrado por dentro. El sujeto amenazado ni siquiera está seguro en el lugar más privado posible. No sólo está amenazado en la ciudad, en el barrio, en la casa, sino que está amenazado en el cuarto propio, en el centro mismo de la

intimidad. Hasta allí llegará el asesino. El detective va a desentrañar ese crimen, que pone en riesgo el espacio de la privacidad absoluta.” Pérez Zelaschi construye de manera minuciosa la topografía de la escena del crimen. Hay una ventana que da a una especie de patio situado treinta metros abajo del techo del edificio. Este rasgo señala la relación intertextual con Poe: hay también una ventana por la que se introduce el orangután que mata a la anciana y a su hija. Además, hay un montacargas por el que descienden los albañiles que realizan una obra. El comisario Bazán acepta la solución más obvia: culpar al orangután que merodeaba en el techo de una casa cercana al edificio. Para el narrador, la solución del orangután asesino se sitúa en las coordenadas de lo fantástico por lo absurdo de las explicaciones de la policía. ¿Cómo pudo el mono identificar a la víctima con uno de los monigotes a los que lanzaba sus proyectiles frente a las cámaras de televisión? Para el narrador, la policía se basó en evidencias fragmentarias para elaborar un cuadro del crimen erróneamente convincente. De nuevo la pareja arquetípica del detective aficionado y su amanuense, cuya tarea es registrar las acciones y razonamientos de la máquina pensante. Posteriormente, el narrador desliza un comentario irónico: “el asesino jamás confesaría —por lo menos en el lenguaje de los hombres”. Otra ironía de rasgos macabros: en el programa de televisión se celebra el que Pocky sea un orangután asesino, o sea, el verdugo del difunto propietario del canal. En esencia, como ha sugerido la crítica, en el cuento de Poe, el primer relato policiaco, no se ha cometido un asesinato, un hecho sólo atribuible a los hombres. Sin embargo, “El caso del orangután malabarista”

no es una mera copia de su arquetipo. Pérez Zelaschi retoma el texto de Poe, lo somete a una reelaboración crítica, y lo aclimata a las circunstancias de un escenario contemporáneo.

El narrador es el propio Pérez Zelaschi que actúa como un personaje Watson, o sea, relata las aventuras detectivescas del comisario Leoni, quien pertenece a la estirpe del padre Brown de Chesterton. Leoni critica que la realidad difiere de las fabulaciones policiacas: lo que narran “es precisamente lo que nunca puede ocurrir”. El narrador defiende la hipótesis de que el mono es el perpetrador del homicidio. Ambos entablan un duelo verbal en que cada una de las afirmaciones “rationales” del narrador es refutada por Leoni, quien al referirse a la destreza del mono, (lanzar el proyectil con precisión mortífera, bajar por el montacargas) afirma: “Un hombre entrenado *también* puede hacerlo. No se olvide: aquí hay también muchas cosas que puede hacer un mono y *también* un hombre.” Leoni reconstruye el relato de sus hallazgos e hipótesis comprobadas. Refuta la versión oficial de la muerte del empresario televisivo por absurda:

“Que un mono mate a un hombre, pase. Que haya un mono malabarista, bien. Pero que exista un mono a la vez malabarista y asesino es tan improbable como un japonés tuerto que toque la guitarra con la mano izquierda y vista una camisa amarilla... Estas cosas no existen en la policía. Allí la rutina es todo. Yo mismo estoy aquí por rutina. Fui policía por más de treinta años y me puse a buscar al asesino”

Mediante un razonamiento deductivo, Leoni concluye que a) que el asesino debía odiar a Manllet; b) que no pudiera acercarse fácilmente a la víctima; c) que fuera conocido en el

Canal para circular por él libremente; d) que tuviera o construyera un dispositivo capaz de disparar el artefacto homicida. (posiblemente un hombre con conocimientos técnicos); e) que fuera una persona ágil para poder subirse al montacargas y tuviera el pulso firme para accionar el dispositivo) La solución revela una venganza sórdida. El asesino es un anciano ex trapealista quien decidió vengarse de las humillaciones que Manllet les infería a él mismo y a su esposa (una artista descrita como decrepita y patética), cuando le imploraban por una oportunidad de aparecer en un programa de televisión. Perversamente, Manllet le hizo creer a la actriz que le daría un papel en que interpretaría a algún personaje del teatro clásico. Sin embargo, le confiesa al marido de que los ensayos de la anciana le habían causado solamente risa. El ex trapealista confiesa el crimen: liberó al mono de su jaula para que la policía creyera que el animal había subido en el montacargas, y le había lanzado el proyectil al parietal de Manllet. En realidad, el asesino usó el montacargas para acercarse a la ventana de la oficina de Manllet, y accionó la ballesta que disparó el proyectil homicida. No obstante el descubrimiento de la verdad, Leoni no arresta al asesino confeso, pues ya se ha retirado de la policía, y sólo llegó a la conclusión del enigma por el solo desafío intelectual que representaba. “El caso del orangután malabarista” se sitúa, por lo tanto, en la tradición del cuento policiaco considerado como un ejercicio de la inteligencia pura.

Nota. Una versión de este texto fue leída en la IV Conferencia Internacional de Literatura Detectivesca en Español celebrado en la UNAM en colaboración con Texas Tech University en septiembre 24 de 2014.

## Con zapatos de tacón

Ruth Castro

*Con zapatos de tacón  
las nenas se ven mejor...  
que con zapatos de piso*

BRONCO

Si algo habría que envidiar al género masculino es no tener que lidiar con la funesta presión social de usar zapatos de tacón. El calzado de los hombres, desde la infancia, tiende a lo tosco, a lo holgado; también a lo redondo, por lo que los dedos pisan sobre una extendida comodidad. Nada da más pena que ver una niña vestida a imagen y semejanza de su madre, que ya porta unos huarachitos poco confortables de pequeña altura.

Cuántas historias de represión podrían contarse a partir de los zapatos que nos aprietan. Mi vida resumida a los materiales que me han envuelto los pies pueden acaso esbozar una de tantas. De niña me obligaron, sabiamente, a usar zapatos cerrados, de cintas o de broches, con suela de goma. No podía elegir un modelo que no me sujetara bien pues, se decía, podían enchucarse. Los tipo ortopédicos no eran los más lindos —mi madre estaba entonces más interesada en que me condujera derechamente— y, por supuesto, en que éstos me duraran todo el semestre escolar. De lo que no pude salvarme: los tradicionales bailables escolares, con vestidos folklóricos, trenzas de estambre y zapatitos altos para taconear al ritmo de la música mexicana, o bien, la falda de mezlilla, camisa texana de cuadros, sombrero norteno y los mismos taconitos para alegrar a todo el público en esos patéticos festivales que toda madre registra en fotografías.

En la adolescencia comencé a usar zapato de plataforma. De estilo tosco, sí, porque era “rockera” (aunque también era una manera inconsciente de parecer más alta). Cuando abandoné la casa materna para estudiar, me mudé a una ciudad pluvial y montañosa. Poco me duraron los zapatos de alto soporte, sufrir de continuas torceduras de tobillos me orilló a cambiar todo mi repertorio *zapatil* por botas de piso y tenis. Creo que fueron los años de mayor dicha andariega, en una ciudad húmeda y floreada, amable con la tranquila caminata nocturna.

### Ruth Castro

(Ciudad de México-Torreón, 1981) Escribe, edita y hace gestión cultural. Licenciada en Lengua y Letras Hispánicas por la Universidad Veracruzana. Editora en Palabracadabra y Amanuense Servicios Editoriales. Ha colaborado en revistas y publicaciones como *Contrapunto*, *Diario La Tempestad*, *Metrópolis*, *Acequias*, *Litoral-e*, *Sorbo de Letras*, entre otras, con artículos, ensayos y textos de ficción. Actualmente colabora en el suplemento semanal *La Soldadera*, de *El Sol de Zacatecas*. Ha impartido talleres y cursos de literatura, de escritura y de edición. Fundadora de la librería El Astillero, en Torreón, en donde labora a la fecha; y asesora en bibliotecología en la Biblioteca Arocena. ruth.castro.par@gmail.com



En un afán, también inconsciente, de entorpecer mi andar (con las implicaciones psicológicas que eso conlleve) me incliné un tiempo por usar sandalias tejidas con fibras naturales; si estudiaba en Humanidades, llegué a pensar, adornarían mi actitud de hippie-pacifista-relajada. Los huaraches no siempre servían para hacer largos recorridos, y definitivamente no se llevan con los charcos ni los torrentes de agua. Pero uno suele ignorar la comodidad cuando se trata de verse bien.

La vida sedentaria de egresada llegó más tarde y volví a alojarme en una ciudad de clima abrasador que me impide aún disfrutar de paseos casi a cualquier hora del día. Subir al automóvil para llegar a una oficina y hacerla de promotora cultural me hizo creer que debía llenar mi closet de zapatos de tacón en varias tonalidades. Comencé con unos decentes, decorosos y tímidos de tres centímetros. Junto a mis compañeras eran eso, unos zapatos modestos e introvertidos que apenas me elevaban

una nada sobre mi diminuta estatura. Yo habría jurado que en verdad marcaban mis pantorrillas, pero las diferencias con las “otras” eran abismales, abismales como las causas que nos mantenían en ese trabajo atroz de doce horas diarias, ya lo dije, en pro de la “alta” cultura.

Entre los recuerdos pedestres tengo también mi iniciación como docente universitaria. Antes de aquel comienzo me había comprado algunos (como dos centímetros más prominentes que los anteriores), además de vestidos y maquillaje para verme mayor. Recuerdo que la primera vez que entré al salón de clases, con todo y mi disfraz de maestra, las chicas me preguntaron si era una nueva alumna. Hubo incluso algunas estudiantes que portaban unos, no miento, como del doce, y no sé cómo hacían para subir y bajar las escaleras entre clase y clase, ni qué ungüento milagroso se aplicarían por las noches para aguantar el dolor.

“La belleza cuesta”, dicen. Aunque me declaré en contra de esta idea y me asumí bastante propensa a la vida con-

fortable y sencilla, he caído —y quizá algunas veces siga recayendo— invariablemente en tramposos clichés y modas nefastas. Si hurgo en las profundidades de mis justificaciones, las contradicciones son claras: sin estar de acuerdo en someter mis extremidades a la tortura de lo aparente, frente al aparador oscilaba entre llevarme unos zapatos de descanso, u otro par “casual”, “formal” o “de fiesta” (con tacón), en algún color hasta entonces no probado en mi caminar. Pensaba, de forma paranoica, que podría perder el empleo por portar unos holgados esperpentos.

Al fin llegó el día en que literalmente, cansada de conducirme en bellos e irritantes modelos —que además parecían zapatillas de reposo a los ojos del resto de las féminas realmente entacónadas— busqué asideros de información sin saber que sería el comienzo de mi propia contienda secreta. Y es que no se necesita más que sentido común para entender que montarse en unos zapatos altos no trae ningún beneficio más allá

de la creencia de que se lucen chamos y muslos marcados, estéticamente apreciables, y claro está, que la estatura se eleva unos centímetros.

Muchas dirán que no es poca cosa, y otras más allá también dirán que se ven y se sienten psicológicamente mejor, que su autoestima “crece”. Claro, si lo más significativo en el mundo es cómo lucimos y nos sentimos ahora, y no cómo eso afectará los tobillos, rodillas, meniscos, cintura, cadera, coxis y columna, ni cómo trastornará la postura, y desde luego, ¡los pies! en un futuro no tan lejano: ni qué decir. En la era del vacío, del vacío que paradójicamente nos invade, sabemos, la apariencia intenta llenar el vasto hueco existencial. En lo que hoy queremos ser, o al menos parecer, no cabe la medición de las consecuencias a largo plazo.

Madres, tías y abuelas han admitido que los zapatos que usaron en su juventud les destruyeron los pies. Ya no pueden usar sandalias veraniegas que dejen a la vista sus juanetes y dedillos permanentemente contraídos. Cuando he preguntado la razón de la tortuosa y antifisiológica costumbre, algunas me dicen que simplemente así es si pretendes tener “buen aspecto”. Pasan los años y ya no se soportan los zapatos de piso; la afectada deformación es tal que sólo en recuerdos quedará lo que un día fue pasear con las plantas paralelas al suelo. Y aunque madres, tías y abuelas intentan evadir el tema, han llegado a confesar que más aterrador que el dolor de parto es el dolor de la cirugía *hallux valgus*.

Cierta mujer cercana a mí tiene un esposo que elige sus zapatillas. Imagínense. En reuniones familiares ella presume que su maridito quiere que se vea “hermosa” todo el tiempo. Bastaría

con observar cómo camina después de un rato en el centro comercial, ya se recarga en un pie, ya en otro. Pero si alguien se atreve a preguntar si está cansada responde que no, que su calzado es comodísimo y te habla con soltura mercadológica de la marca y el precio (como si eso fuera relativo al confort de un diseño).

*Con zapatos de tacón / se mueven como programadas para coquetear, / con zapatos de tacón / se mueven y sus movimientos nos hacen babear.*

Inevitable preguntarnos ahora por qué las mujeres no se quejan y, al contrario, llegan a sentir lástima por las pobres que no han acumulado un mínimo aceptable de 20 o 30 pares en su closet, y “se divierten” contando que no hay mejor remedio para la depresión que comprarse zapatos. Toleramos formas (ni siquiera tan) sutiles de violencia social y de violencia hacia nosotras mismas.

Pienso entonces en la alegoría del *Prometeo mal encadenado*, de André Gide. En el mito griego, el portador del fuego es por segunda ocasión castigado por Zeus: además de encadenarlo a una roca del Cáucaso, un águila devoraría su hígado incansablemente. El cuerpo inmortal de Prometeo se regeneraba de día para recibir el castigo nocturno del ave hambrienta. Como personaje de Gide, el Prometeo del siglo XX advierte que todos tenemos un águila que nos engulle según se lo permitamos. ¿Y qué con los tacones? Nos une al águila cierto cariño o amor desmedido (según sea el caso) que nos hace sentir culpables si no la alimentamos. Se engorda al pajarraco en detrimento de la propia salud. Sabemos que nos hace daño, pero también nos gusta presumir la belleza de sus plumas cuando está bien cebada por

nuestro propio hígado, por nuestro propio malestar. *Todos tenemos un águila*, un miedo, un hábito, una costumbre o unos zapatos de tacón que no importa si nos perjudican o lastiman, lo sustancial es que se puedan presumir y nos proporcionen un “porte” elevado.

Pienso también en Gianni Rodari, y en el fabuloso cuento en el que un viajero llega a “El país sin punta”; ahí todo era redondito y de suave curva. Lo que conocemos como afilado, espinoso, puntiagudo y dañino no existía en ese lugar. Hasta los policías eran amables. No lo dice Rodari, pero por consecuencia podemos imaginar que en sus zapaterías sólo vendían botas redonditas, borceguís abombados, tenis, escarpines de bebés, pantuflas, babuchas (sin punta), zapatillos tejidos, sandalias ergonómicas y *crocs*.

En dos grandes apartados tendrían que dividirse los aparadores: zapatos de descanso y zapatos para caminar o hacer deportes. En este país sería valorado quien se preocupara por sus pies y piernas, y quienes practicaran los distintos tipos de caminatas: paseadoras, reflexivas, dubitativas, desestresantes, etcétera. La visita al podólogo sería indispensable desde temprana edad. Y sus mayores se dejarían de andaderas, bastones y sillas de ruedas porque no habría tanta enfermedad de las extremidades.

He leído y releído este cuento. También voy agregando detalles redondos y amables a mi propio país sin punta imaginario. Entre mis nuevos hábitos tengo sólo comprar zapatos afables y cordiales y afectuosos con mis pies; el día en que halle el país del cuento rodariano será aceptada como ciudadana sin punta, si no en todos los sentidos y acepciones de la frase, por lo menos en uno sí: lo que me mantiene “en pie”.

# Fabián Vique: la microficción en el centro

Jaime Muñoz Vargas

**A**l margen de las grandes vidrieras, sin el ruido promocional que generalmente se concentra en la novela y en abundante “no ficción”, el microrrelato ha podido abrirse brecha entre escritores, editores y lectores. Este avance fue lento durante décadas en América Latina, pero en los años recientes aceleró su marcha debido sobre todo a las nuevas tecnologías de la información: si todo es ahora rápido, a cierta literatura le convino el envase pequeño para moverse con total facilidad en un estado de Facebook o en un tweet. Así pues, de Darío, Lugones y Torri pasamos con lentitud a Borges, Arreola, Cortázar, Monterroso, Denevi, y de ahí, ya más aceleradamente, al numeroso contingente de microficcionalistas que hoy exhibe nombres como los de René Avilés Fabila, Luisa Valenzuela, Raúl Brasca, Juan Armando Epple, Eugenio Mandrini, Felipe Garrido, David Lagmanovich, Ana María Shua, Guillermo Samperio, Pía Barros, Rogelio Ramos Signes, Diego Muñoz Valenzuela y muchos otros que no omito por olvido, sino para evitar una lista más o menos cansadora.

Los microficcionalistas son, pues, muchísimos, y de alguna manera se conocen entre casi todos porque han sabido organizar espacios para la divulgación, edición y distribución de sus obras, como los encuentros nacionales e internacionales que suelen convocar a editores/cultores de este género y no sólo permiten la lectura y la discusión teórica, sino el intercambio de títulos publicados en todas las modalidades, desde los marcadamente artesanales hasta los profesionales, como es el caso de los libros del sello Micrópolis, del Perú; Ficticia, de México, y Macedonia, de la Argentina.

Macedonia, a propósito, es un emprendimiento individual. Lo encabeza Fabián Vique (Buenos Aires, 1966), quien además de la edición y la docencia ha practicado, a mi parecer con harta fortuna, la escritura de microficción. Si bien su labor como editor es ya digna de reconocimiento —pues es quien más ha publicado títulos de este género en la Argentina, todo desde Morón, partido del conurbano bonaerense—, Vique es un creador espléndido, y es en su obra creativa en la que deseo poner énfasis durante los renglones venideros. Tiene cinco títulos de narrativa corta, aunque las piezas de uno de ellos, *La tierra de los desorientados* (2007), no encajan en el ámbito de lo microficcional. Aquel primer libro muestra, sin

embargo, los rasgos característicos de su trabajo escrito: el humor indeclinable y la búsqueda y el hallazgo de lo absurdo, lo paradójico, lo ridículo. Hay algo en sus ficciones amplias y brevísimas que no veo con frecuencia en sus homólogos: una suerte de desenfado o antiolemnidad que lo lleva a tratar todos sus temas como si nada importara, como si todo fuera susceptible de ser abordado sin manifestar apegos o apasionamientos. Eso le ha permitido escribir de todo, hasta de lo más insignificante, sin que uno sienta que es insustancial. Algo similar siento, por cierto, cuando leo al mexicano Marcial Fernández, par de Vique en dos ámbitos: el editorial y el creativo.

*La tierra de los desorientados* no es microficción pero, insisto, ya muestra el perfil de la producción ulterior de Vique. El tono humorístico está marcado desde los títulos y el “resumen”. Un cuento, por ejemplo, es “La chica que repartía flores en el leprosario”, que antes de entrar en materia tiene este epítome: “Un médico nos cuenta su historia de amor en el leprosario de General Rodríguez”; o en el cuento “Mercados alternativos”, resumido como “Un texto de gran ayuda para el inversor audaz”. La imaginación de Vique parece permanentemente irónica, *zumbona*, como decían los antiguos, y jamás se queda enredada en el alambre de púas del chiste fácil, sino que se expande como alegoría sutilmente crítica

a comportamientos ridículos o, como ya señalé, absurdos.

En 2009 publicó *Variaciones sobre el sueño de Chaung Tzu*, su primer libro de microficciones. Además de la serie con las “variaciones” sobre el famoso micro chino, Vique ensarta brevedades que, creo, muestran la malicia algo macedónica (por Macedonio Fernández) que aplica recurrentemente en su escritura. En “El otro Guinness”, narra con guiño científicista: “Cuando se sabe cerca del final, la lombriz incandescente de Paranacito emprende el camino hacia el centro de la Tierra. El fin le llega mucho antes porque la ruta es larga y además el suelo se va poniendo cada vez más duro. Pero sería canallesco medir sólo el

## Jaime Muñoz Vargas

(Gómez Palacio, Durango, 1964) Es escritor, maestro, periodista y editor. Radica en Torreón. Entre otros libros, ha publicado *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia*, *El augurio de la lumbre*, *Las manos del tahúr*, *Polvo somos*, *Ojos en la sombra*, *Leyenda Morgan* y *Parábola del moribundo*. Ha ganado los premios nacionales de Narrativa Joven (1989), de novela Jorge Ibarguengoitia (2001), de cuento de SLP (2005), de narrativa Gerardo Cornejo (2005) y de novela Rafael Ramírez Heredia (2009). Escribe la columna Ruta Norte para el periódico *Milenio Laguna*. Algunas de sus obras han sido motivo de estudios académicos, tesis y referencias, entre otras, de la Universidad de Misisipi y de Texas, en EU; de la de Utrecht, en Holanda; y de la de Valladolid, en España. Actualmente es maestro y coordinador editorial de la Ibero Torreón. rutanortelaguna@yahoo.com.mx



resultado y no considerar la intención”. Más allá de la falsa moraleja, ¿no sería aplicable el caso de esta lombriz al de muchos poetas o futbolistas?

Veamos otro caso del mismo libro. Aquí advierto un delicado cuestionamiento al facilismo de los libros de autoayuda:

Para salir del pozo lo mejor es una buena escalera, lo suficientemente alta y resistente para llegar a la superficie sin tener que andar haciendo maniobras complicadas.

En su defecto, un ascensor o una cuerda bien larga y fuerte, con una rol-

dana bien agarrada a alguna parte, y en lo posible un gorila afuera, con la fuerza y la paciencia necesarias para tirar para arriba sin hacer demasiadas preguntas.

Una vez en la superficie, actuar con naturalidad, como si tal cosa, silbando bajito.

O éste en el que juega con la intertextualidad en una de las variaciones que dan título al libro: “Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar no sabía si era una mariposa, o si era un dinosaurio que todavía estaba allí”.

Un año después, en 2010, Vique publicó su segundo lote de brevedades

en *La vida misma y otras minificciones*. El autor persiste en la voz socarrona, y lo hace desde el prólogo. Señala que dividió el contenido en tres secciones, y aclara: “Lo importante es que la mayor parte de las piezas del primer grupo pueden pasar al segundo o al tercero, las del segundo al tercero o al primero, etcétera”. Este libro es el mejor de Vique, aunque debo decir que no conozco *Peces*, título casi recién aparecido en Buenos Aires.

Hacia 2012, PD Editores, de Monterrey, publicó una antología titulada *Los suicidas se divierten*. Reúne lo mejor de la producción de Vique. Entre sus textos está mi relato favorito, “El escupidor de Rafael Castillo”, que me sirve para cerrar el apunte y recomendar el trabajo de este escritor y editor argentino:

Todas las noches, a la una en punto, el escupidor de Rafael Castillo sale a escupir a la gente. El recorrido abarca las dos veredas de Carlos Casares, desde Don Bosco hasta las vías.

Quienes lo conocemos evitamos la zona en la media hora que dura la vuelta. Pero siempre encuentra inocentes que deambulan a merced de su boca certera.

Alberto apunta a los ojos y lanza un líquido casi blanco, no muy espeso pero de interesante volumen.

Los escupidos se asombran del buen semblante, de la discreción y hasta de la elegancia del escupidor. Nunca reaccionan. Se limpian la cara y siguen su camino. Se dice que en las mejores noches Alberto ha proporcionado más de una docena de escupitajos.

Durante el día, sin embargo, el escupidor es un hombre común y corriente. Suele decir que no le gusta el barrio y que tiene ganas de mudarse con su familia a un lugar más tranquilo.

## Castaño y aceituna

Elena Palacios Hernández

Este cuento integra el libro *Hijos de la madrugada que aparecerá en 2018. Agradecemos a la autora permitirnos publicar este adelanto.*

No sé qué hora es. Debe ser muy tarde puesto que no hay luz de sol pero tampoco brillo de estrellas. Ninguna lámpara alumbraba la pequeña habitación. Todo a oscuras. Sin embargo, sentada frente al peinador, puedo verme calcada en la luna de cristal. Es perfecto el contorno de la boca acorazonada y roja; el cabello casi rubio, peinado en un moño a la altura de la nuca; los ojos tienen el color de la aceituna.

Debe tratarse de un espejo magnífico, puesto que estos no son mis ojos, los míos son castaños, pero la mirada sí es mía. La blancura de la media luna ha bajado a vestirme el cuerpo: corpiño de raso y falda vaporosa de sedas y tules. Admiro cada detalle. Pero esta imagen idéntica a mí no me pertenece, su materia es mía, el alma que la habita, no.

En la circularidad del tiempo las manecillas transitan diligentes y sin obstrucción. El corazón del reloj late con exactitud y advierte: date prisa. Como un veneno, la premura infecta mis nervios. Estoy vestida para casarme pero llevo desnudos el cuello, las manos y las orejas. No estoy lista, reprocho al espejo. Con dedos apresurados busco perlas para adornarme. ¡No estoy lista! El monstruo del tiempo se traga mi calma, su mano sazona de angustia los minutos que tanto necesito.

La capilla donde voy a casarme es pobre, iluminación lánguida de focos amarillos, muros descarapelados, piso sin alfombra. A pasos rápidos y sin acordes nupciales, libro la largura del pasillo. Alcanzo la sede: una banca despostillada en la que otra mujer, igual a mí, espera sentada. No es ella quien roba mi atención, sino esa banca vieja y sin respaldo, de barniz carcomido y clavos oxidados, de estructura vacilante.

¡Es absurdo! Una banca de madera no es para una boda, lo adecuado sería poner sillas. Sigo de pie. Hago tiempo mirando las flores mustias en los jarrones: gladiolas de sangre, hojas de palma y ramilletes de nube. Veo hacia la sacristía donde distingo dos hombres de traje negro. Se les une el sacerdote, que descansa sus manos sobre la barriga disimulada por la estola púrpura.

No quiero sentarme en la banca; un argumento desconocido, un atisbo intuitivo me lo impiden.

Qué discorde de la otra novia, tan ataviada de cuerpo y alma para el rito, el cabello casi rubio cubre su espalda, un velo como el que olvidé





ponerme enmarca su frente despejada. Serena en la banca, aguarda su momento. Le suplico: dile al padre que yo todavía no estoy lista. Asiente esbozando una sonrisa etérea. Nada altera la lisura de su paz tiesa. Ella sí está dispuesta.

Me cambio de ropa. Mudé el traje nupcial por un vestido negro, como negro ha de ser el pasadizo que conduce de esta vida a la eterna. Estoy bien, digo. Camino con miedo, de nuevo por la calle oscura y bajo el cielo nocturno para asistir a la boda. Sé que allá, donde vislumbro la luz macilenta, la novia espera su culminación.

Llevo seis noches soñando lo mismo: vestida de blanco y angustiada por mi falta de previsión. No sé qué

hora es. Despierto por un ruido lejano de algo que se rompe, como cristal contra el suelo. No hago caso. Vuelvo a dormir. Suena el teléfono. Medio sonámbula, contesto. Las palabras que escucho ahuyentan la modorra. Cuelgo y corro al baño a excretar nervios y angustias.

Yo desnuda y friolenta. La lluvia de la regadera disuelve las lágrimas que lloro. Apurada y nerviosa, elijo el vestido que usé en el sueño; de color oscuro también los zapatos, oscuro como el resplandor de los muertos. Camino por el pasillo de la capilla funeraria. La alegría del sol no logra traspasar el cortinaje gris, la sala se resigna a la luz de dos focos con capelo rojo.

Ahí está ella, la que soñé en la iglesia. Veo que, aunque aprisionada en la caja de madera, su rostro conserva la serenidad; una sonrisa, fantasmagórica y etérea, flota en sus labios cerrados al mundo. Velo la noche completa.

A la mañana siguiente, en el jardín de los no vivos, recuerdo el sueño recurrente. Me despido en silencio, al compás triste de las paladas de tierra que cubren el ataúd de madera.

No sé qué hora es, pero sumo ya diez noches en que despierto con el ruido de cristales rotos. Me levanto a seguir unas huellas invisibles. Yo descalza y helada. Paso por la cocina, atravieso el patio que, entre la bruma de la pesadilla, se alarga y se ensancha. Llego al fondo y en lugar del muro de siempre, hay una puerta entreabierta indicando que alguien me espera. Entro en la habitación oscura. No estoy dormida, pero sé que vago dentro de un sueño, no puede ser de otra manera puesto que camino en el cuarto de mi infancia. Bajo pesados años de polvo, encuentro un par de camas, dos muñecas, dos lámparas, dos pares de todo. De las paredes cuelgan restos de sombras, del techo escurren rumores de risas y de voces. La luna llena y plateada se reparte entre los cristales rotos del retrato caído en las baldosas.

Cuidando de no cortarme, lo levanto y voy a la ventana para verlo. Es una fotografía vieja: sobre un resignado pastel blanco penden los filos de un par de cuchillos, cada uno sostenido por una mano derecha. Las dos quinceañeras son idénticas en sus peinados, en sus vestidos, en sus caras, excepto en los ojos, una los tiene color de aceituna; los de la otra son castaños.

Desde la foto sonrían, parecen mirarme las dos: mi hermana gemela que murió hace diez días y yo.

# Acequias

REVISTA DE DIVULGACIÓN ACADÉMICA Y CULTURAL



*Acequias* es una revista interdisciplinaria que aparece tres veces al año: en Primavera (abril) Verano-Otoño (agosto) e Invierno (diciembre). Es editada por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón y dirigida sobre todo a la comunidad que integra la Ibero Torreón y el Sistema Universitario Jesuita.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la que se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, además de que esta palabra contiene entre sus grafías las siglas de nuestra Universidad: *Aceq-uia-s*.

Su acceso en la página web de la Ibero Torreón es gratuita para todos los usuarios de internet, y todos los ejemplares permanecen disponibles sin restricción de tiempo y lugar.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la Ibero Torreón, *Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros y películas o textos de creación literaria. En consideración a la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista y a su espíritu divulgativo, recomendamos evitar vocabulario especializado, así como excesivo aparato erudito. Los textos deberán estar escritos de manera clara y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al decidir que deseas colaborar.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio en fuente Arial de entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original en versión digital. Los textos deberán llegar complementados con la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección y teléfono
- Área de trabajo, estudio o relación con la Ibero Torreón si la hay
- Breve información curricular
- Autorización para agregar la dirección electrónica en la ficha de autor

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia de los autores, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, pertinencia, extensión y cupo. Los textos que lo requieran recibirán corrección de estilo en el entendido de que deberá ser la más mesurada posible. Debido a la gran cantidad de colaboraciones propuestas para su publicación, el Comité Editorial no asume la tarea de emitir sus dictámenes a los autores por ninguna vía.

Los materiales propuestos deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la Ibero Torreón. También pueden ser entregados a los editores o enviados a la dirección electrónica: [publicaciones@iberotorreon.edu.mx](mailto:publicaciones@iberotorreon.edu.mx) y [jaimemunoz@iberotorreon.edu.mx](mailto:jaimemunoz@iberotorreon.edu.mx). La fecha de cierre del número 75 de *Acequias* será el 15 de marzo de 2018.

# IBERO

TORREÓN

#EstamosTransformando

“La labor del educador, y en particular de nuestras instituciones educativas, es la de ayudar a las jóvenes generaciones a situarse ante el mundo para que puedan proyectar su desarrollo personal y social, contribuyendo a la construcción de un mundo mejor”.

P. Arturo Sosa, S.J.

Con Educación  
**ESTAMOS  
TRANSFORMANDO  
AL MUNDO**

Próximos exámenes de admisión:  
20 de enero, 17 de febrero y 10 de marzo

Informes:

T. (871) 705 1098 ☎ 871 136 7214  
admision@iberotorreon.edu.mx

[iberotorreon.edu.mx](http://iberotorreon.edu.mx)